Los infiernos de Khalk’ru
Abraham Merritt



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Allí donde se pierden las inexploradas tierras de Alaska, y cruzando las desconocidas montañas de Endicott... existe un valle de sorprendente y templado clima, por donde fluye sereno el sagrado río de Nansurs...

Separados por un destruido puente, que en los antiguos tiempos unía las dos orillas del sagrado río, vivían los descendientes de los Ayjur, y de los Rrrylla, un pequeño pueblo de guerreros de piel dorada como el oro. Y la Ley, rezaba, que ningún pueblo debía de cruzar el río, y entrar en la región del otro.

Los Rrrylla, odiaban a la antigua raza de los Uiguren, gobernados por Lur, una hechicera, y por Tibur, el Herrero, y a su símbolo del Kraken, en el cual se representaba el Innombrable Khalk'ru, al que hacían sacrificios humanos...

Desde entonces, gigantescas sanguijuelas, guardaban las aguas del sagrado río, y el pueblo de los Ayjur, esperaba la llegada de su antiguo Rey Dwayanu, —pues según estaba escrito en la Profecía— él regresaría para conducirles de nuevo a la Tierra de sus antepasados, devolviéndoles su antigua grandeza, y haciendo florecer de nuevo la gloria de los Uiguren...

Bwayanu, el Redentor, les guiaría a través de la tierra de los Pigmoiden, llevándoles a la antigua tierra, y donde ahora sólo había desolación y muerte, volvería a fecundar la vida.

Tres años han pasado, desde que yo, Leif Langdon, y mi amigo Jim Eagle, fuimos raptados por extraños hombres de gran estatura y piel blanca, durante una de nuestras expediciones por las lejanas tierras de Alaska, en busca de las legendarias montañas de Endicott...

Conducidos a un oculto lugar, donde se levantaban antiquísimas construcciones, que semejaban antiguos monasterios, fuimos recibidos por místicos sacerdotes, que allí moraban, y llevados al interior de un templo construido en el interior de una montaña.

Nuestros raptores, sólo parecían mostrar interés por mí, y me enseñaron su ancestral idioma, que aprendí sorprendentemente rápido.

Ellos me llamaron Dwayanu,... «Por el que fluye la verdadera sangre de los antiguos hombres...», y me entregaron un anillo que representaba —me dijeron— el símbolo del Kraken...

Entonces, despertaron en mí recuerdos que no eran mis recuerdos, extrañas sensaciones, que jamás había experimentado, y de mi garganta salió una voz, que no era mi voz, jurando, en un hermético ritual, que estaba dispuesto a ofrecerle al Kraken, un sacrificio humano: Una muchacha en estado de embarazo.

Aún no sé cómo, desperté de aquel profundo y horrible sueño. ¿Sueño?..., y lleno de pavor huí de aquel tenebroso lugar ayudado por Jim, sin que los sacerdotes nos detuvieran... Pero ellos, me avisaron:

«Quien ha llamado a Khalk'ru... Será llamado por él algún día...»

Y ahora, después de atravesar las montañas de Endicott, y le habernos encontrado con el pequeño pueblo de los Rrrylla, con la que gobierna su tierra, Evalie, los cuales al verme creyeron ver en mí la sangre de los Ayjir, a causa de mi alta estatura y de mis ojos azules, parecía que Khalk'ru me llamaba, que descendía sobre mí allí donde me encontraba..., ante el

sagrado río de Nansurs, ante el cual me habían conducido, para comprobar si el espíritu de Dwayanu moraba de verdad en mí.

¡Oh, Khalk'rus!... ¡Tú eres el comienzo sin comienzo! ¡El fin fin fin! ¡La nada sin luz y sin tiempo! ¡El destructor! ¡El devorador de la vida! ¡El aniquilador! ¡El exterminador! ¡Tú no eres la muerte! ¡La muerte sólo es una parte de ti! ¡Tú eres la vida! Pero no la vida que los hombres conocen... La vida es un intruso que interrumpe tu Eterno Reposo

¡Oh, Khalk'rus! Dioses y hombres, mamíferos y pájaros, plantas. agua, aire, fuego, sol, luna, estrellas... Todos ellos pueden ser destruidos..., por ti... Si así lo quieres... ¿Por qué habría de importarte, Oh, Khalk'rus...? Si al final sólo existirás tú...

Subido sobre una enorme roca de cresta llana, podía contemplar al otro lado del río, un inmenso fuerte de forma cuadrangular construido sobre una montaña de negra roca —la misma roca negra— que cubría el suelo del puente del Nansurs.

Grandes torres —redondas y esquinadas— se elevaban sobre los muros de la fortaleza, y contemplándolas, me asaltaban los mismos sentimientos de otros tiempos, cuando cabalgaba por la ciudad en ruinas de los Oasis de Gobi...

Aquél fue mi primer pensamiento, contemplando la negra fortaleza. Después mis ojos se fijaron en el arco roto del puente de Nansurs. Entre la parte del puente desmembrado, que alcanzaba nuestra orilla, y la otra parte que casi tocaba la negra ciudadela, había una enorme abertura, como si un gigante hubiese dejado caer su potente martillo de guerra, en la mitad del puente...

Inconscientemente, mis pensamientos volaron hacia Bifrós, donde el Arco Iris, traza un puente entre la tierra y Asgard, sobre el que las Walkyrias, con los espíritus de los héroes caídos, cabalgan juntos hacia el Walhalla, y mi corazón, se entristeció durante unos momentos, pensando que no podía existir peor sacrilegio si alguien se hubiera atrevido a destrozar el Sagrado Puente de Bifrós de esta cruel manera.

Alrededor de la negra fortaleza, se hallaban otras construcciones, bajo la oscura piedra de sus muros. Ellas, eran casas levantadas con grises piedras, y tenían jardines ante sus puertas y parecían estar sembradas sobre una gran superficie, rodeando la ciudadela.

Campos fértiles, árboles frutales adornados por un manto de flores que presagiaban buena cosecha, se extendían por todas partes.

Una gran calle, se perdía allá, en la lejanía, hacia las rocas que limitaban la ciudad, y aunque no estaba seguro, me pareció descubrir entre ellas las fauces de una gruta...

—iKarak! —me susurró Evalie.

Yo apenas la oí. Mi mirada y mis pensamientos estaban dirigidos hacia la ciudad. Vagos recuerdos me asaltaban, queriendo despertar en mí algo que yo no deseaba reconocer. Luché por borrarlos de mi mente y de mi alma, y puse mi brazo sobre los hombros de Evalie.

Continuamos hacia el puente de Nansurs, y al fin pude ver, por qué Karak había sido construida allí, donde estaba. Desde el otro lado del río, dominaba los dos términos del valle, y cuando el puente aún no estaba destruido, también lo hacía sobre este acceso. De pronto, sentí un gran deseo de correr hacia Karak. La paciencia que mostraban los pequeños guerreros de Rllya que me rodeaban sin atreverse a detenerme, me ponía nervioso, mientras susurraban entre ellos, examinándome con sus dorados ojos.

Un sonido de tambores, redoblando, y de clarines que parecían contestarles desde la ciudadela, llegaron a nuestros oídos. Aceleré el paso. Un inexplicable deseo me empujaba a correr hacia el puente.

—¡Despacio, Leif, despacio! —oí la voz de Jim que me alertaba.

Pero no le escuché y alcancé rápidamente el puente sobre el Nansurs. Era de considerable anchura, y no una estrecha raya como a mí me pareció en la lejanía.

Una barandilla protegía ambos lados del puente, construida con miembros humanos y patas de caballos; avancé unos treinta metros hasta llegar al punto que dividía las dos orillas y miré hacia abajo. El Nansurs, fluía serenamente. Ninguna serpiente estaba a la vista, pero un cuerpo de color rojo y con forma de gigantesco gusano, apareció sobre el blanco líquido del río. acompañado por innumerables sanguijuelas hambrientas, que hicieron ponerse en guardia a los pequeños guerreros Rllya.

Entre el final del puente y el muro de la negra fortaleza, se extendía una ancha plaza en aquellos instantes vacía, y pude reconocer la enorme puerta de bronce que había en el muro. Sentí un extraño hormigueo, y un repentino nudo en mi garganta casi me impedía respirar.

Nada de lo que me rodeaba existía en aquellos instantes para mí. Ni Evalie, ni Jim... Sólo aquella puerta de bronce.

Los clarines sonaron más altos. Pero pude oír el crujir del cerrojo de hierro de la puerta al abrirse.

Un grupo de hombres aparecieron cabalgando a través de la puerta guiados por dos jinetes. Uno de ellos cabalgaba sobre un caballo negro, mientras que el otro, lo hacía sobre un hermoso animal blanco. Atravesaron la plaza y cuando se hallaron donde comenzaba el puente, desmontaron de sus caballos y avanzaron hacia mí.

Aún teniéndoles a casi cincuenta metros de donde me encontraba, separados por la abertura del puente, notaba que estaban examinándome detenidamente. El jinete del caballo negro, era la hechicera. El otro, sólo podía ser Tibur, el herrero; Tibur el risueño. En aquellos momentos no tenía ojos para la hechicera, a pesar de su llamativo cabello rojo... ¡Sólo veía a Tibur!

Él, era más o menos, una cabeza más pequeño que yo; pero sus hombros anchos, *y* su compacta estructura, me descubrieron que por lo menos tendría tanta fuerza como yo, si no más. Sus cabellos colgaban hasta tocarle los hombros. Su pelo y su barba, rojos como el fuego. Unas pequeñas arrugas, producidas por su casi constante sonrisa, se rizaban alrededor de sus ojos azul violeta, y las marcas que surcaban su rostro alrededor de la boca, cuando reía, no manifestaban un carácter alegre.

Tibur llevaba un «kettenhemd»; una coraza que le protegía el pecho, y de su lado derecho colgaba un martillo de considerable tamaño.

Tibur, me examinaba de pies a cabeza, con una mirada sarcástica. Le odiaba antes de conocerle.

Sólo después de estudiarnos mutuamente, dirigí la mirada hacia la mujer que le acompañaba. Sus azules ojos me observaban atentos y al mismo tiempo sorprendidos. También ella llevaba un Kettenhemd y sus trenzas rojas, muy largas, colgaban rozándole el pecho. Su ejército permanecía muy cerca de ella, mientras que los soldados del Herrero se hallaban más alejados.

Tibur se inclinó sobre su montura.

—¡Bienvenido, Dwayanu! —gritó con ironía—. ¿Quién te ha sacado de tu escondrijo?..., ¿mi provocación?

—¡Oh! Entonces eras tú quien oí ayer relinchar como un mulo —le respondí—. Pero veo que eres prudente... Te has colocado a una buena distancia de mi cuchillo, perro rojo...

Una risa se elevó sobre la tropa que rodeaba a la hechicera, y pude darme cuenta de que estaba formada por mujeres de piel clara y pelo rojo, como la misma Lud, y que Tibur estaba acompañado por dos hombres de gran estatura.

La bella mujer dejó de reír y me observó pensativa, mientras Tibur, a quien no le hizo mucha gracia mi comentario sobre su valentía, endureció el rostro.

Uno de sus hombres le susurró algo al oído y el Herrero inclinó la cabeza. Después desmontó y caminó hacia el abismo que se abría en mitad del puente, retándome.

—¿Te has vuelto blando con el tiempo, Dwayanu? —me gritó burlón—. Según las antiguas costumbres, tenemos que asegurarnos con las sagradas pruebas, antes de reconocerte como a uno de nosotros, Oh, Gran Dwayanu... ¡Presta atención!

Y con gran rapidez elevó su martillo cogiéndolo del asta sobre su cabeza, agitándolo hacia mí.

Inesperadamente lo arrojó por el aire, y a pesar de su enorme tamaño, se dirigía hacia donde yo me encontraba con la ligereza de una bala de fusil. Sin embargo, a mí me parecía que volaba el arma, muy lentamente. Incluso podía ver la cinta de cuero con la que estaba enlazado al brazo de Tibur.

En mi cerebro, se abrieron de pronto, diminutas puertas: ¡Aquella era la antigua prueba!...

Inmóvil, según las antiguas costumbres, esperaba, aunque según las reglas establecidas, deberían de haberme dado un escudo.

El enorme martillo de guerra, avanzaba hacia mi cabeza muy despacio al igual que mi mano, que comenzaba a extenderse a su encuentro lentamente.

Como en un ancestral movimiento de una ritual danza, mi mano detuvo el martillo, antes de que éste me golpeara.

Calculé que pesaría casi cincuenta kilos, pero lo cogí sin dificultad. En aquel instante, las salvadoras puertas de mi cerebro se abrieron aún más, iluminando mi conocimiento, advirtiéndome de que una trampa había sido tendida al detener el arma del Herrero. Rápido extendí mi otra mano, y sujeté la correa —la cual debería devolver el arma a Tibur— y tiré con fuerza de ella.

La risa que comenzaba a florecer en el rostro del Herrero, se marchitó velozmente. Sus pies se tambalearon *y* vi que buscaba un apoyo donde sujetarse.

Detrás de mí, los pequeños guerreros Rrrylla gritaron.

La hechicera, desenfundó su puñal y cortó rápidamente la correa del arma que arrastraba a Tibur hacia el abismo de Nansur.

Me sentí furioso. Aquello iba contra las reglas. Nadie podía intervenir en la antigua prueba.

Alcé el arma sobre mi cabeza y se la devolví hacia el risueño Tibur. El martillo silbó en el aire. Tibur se arrojó hacia el otro lado, pero no fue lo bastante rápido y el arma le golpeó en el hombro derribándole.

Lancé una carcajada, no menos sarcástica que las de Tibur. La hechicera me envió una mirada, sin poder creer lo que estaba viendo.

El Herrero, se incorporó sobre sus rodillas, y bufó lleno de odio con el rostro contraído por la furia.

¡Ellos no me creían Dwayanu!... —pensé—. ¡Bien, entonces tenía que enseñarles algo...!

Tomé la bolsa que colgaba de mi cinturón, y abriéndola saqué de ella el anillo de Khalk'ru. Lo elevé hacia el cielo, y una luz verde se reflejó en él, mientras parecía aumentar de tamaño.

—¿Soy yo Dwayanu? —les grité—. ¡Miradme! ¿Soy yo Dwayanu?

Oí un grito de mujer y reconocí su voz. Después una voz que no era mi voz, llamándome...

Las diminutas puertas de mi cerebro se cerraron, y los recuerdos que me habían inundado la mente, desaparecieron fugazmente a través de ellas.

¿Por qué chillaba tanto Evalie? Jim me gritó:

—¿Qué le ha sucedido?...

Evalie se hallaba ante mí, con las manos extendidas para protegerse de aquella cegadora luz que brotaba del anillo, mirándome con odio y con furia.

Los pequeños Rrrylla, avanzaron hacia mí, apartando a Evalie y a Jim. Sus jabalinas me apuntaban, mientras siseaban como serpientes, deformados sus rostros por el odio y sin dejar de mirar al anillo de Khalk'rus elevado sobre mi cabeza.

—¡Evalie! —le grité queriendo correr hacia ella—. Pero los pigmeos Rrrylla, alzaron sus armas. Sus flechas palpitaban en las cuerdas de sus arcos.

—¡No te muevas, Leif! ¡Ya voy! —me gritó Jim saltando hacia los Rrrylla.

Pero estos no se acobardaron a pesar de su estatura, y se abalanzaron sobre Jim derribándole al suelo con el peso de sus cuerpos.

—¡Evalie! —grité de nuevo—.

Vi que en su rostro amanecía un dolor profundo, y dio una orden. Una docena de pequeños guerreros, me lanzaron sus lanzas confusamente mientras el resto huía. Sri, estaba entre ellos.

Quise retroceder para librarme de sus flechas y de sus lanzas, olvidándome de que me acercaba al abismo de Nansur.

Y mi pie resbaló en el vacío. Mis manos se aferraron a la roca negra del puente para evitar la caída. Pero los Rrrylla, recobrando su valor se me acercaron y comenzaron a pisotear mis dedos con sus diminutos pies.

No pude resistir mucho tiempo. Y caí sobre el borde del puente hacia el abismo. Abajo las gigantescas sanguijuelas, esperaban.

LIBRO
I LUR

1° KARAK

Rápida y profundamente, me hundí en las blancas aguas del río, y aunque dicen que cuando uno se ahoga las escenas de la vida van pasando hacia atrás rápidamente, como si quisieran alcanzar su origen, antes de que la persona muera, yo no experimenté la sensación de que mis recuerdos estuviesen muriendo en mi cerebro; sino que éste trabajaba mucho más veloz de lo que sería normal en aquella fatal situación.

Me estaba dando cuenta de que Evalie había instigado a los guerreros Rrrylla, cuando colgaba de la piedra negra del puente a que me empujaran al abismo. Aquello me llenaba de furia..., ¿por qué no había podido esperar y darme la oportunidad de explicarle lo del anillo...? Pero también reconocí que los pequeños guerreros no me hubiesen permitido hacerlo..., y que Evalie actuando como lo había hecho me había protegido de una muerte cierta... Aunque, allí, en el líquido lecho del Nansur, tenía muy pocas posibilidades de salvarme.

Mi furia no se calmaba. Había sido irreflexivo, mostrándoles el anillo de Khalk'rus. Los Rrrylla, me habían tomado por un servidor del Krake, y actuaron como yo lo hubiese hecho ante un enemigo.

Nuevamente recordé el rostro de Evalie. Su mirada dolorida; y tan recientes recuerdos, se mezclaban con las imágenes de la antigua prueba a la que Tibur el Herrero me había sometido. La misma sagrada prueba de dos de los Asen y Thor, donde el martillo Mjólnir, regresaba de nuevo a la mano del Dios Thor, cuando era lanzado. Pero los Skalden querían mantener el secreto. Tenía que existir un hilo de unión entre los Uiuurcn o Ayjir y los Asen. Y tenía que comentar con Jim este descubrimiento. Pero me di cuenta de que no podría regresar a su lado...

Los pequeños Rrrylla estarían acechándome y estaba seguro de que me arrojarían de nuevo a la manada de los Tlanu si, las enormes sanguijuelas, si lograba alcanzar su orilla en la ribera del Nansurs...

Estos pensamientos me causaban un frío sudor, si aquello fuese posible estando bajo el agua, hundido de pies a cabeza. Pero antes me dejaría atravesar por sus flechas y por sus lanzas, incluso me dejaría matar por el martillo de Tibur, antes que aquellos animales repugnantes del río me chuparan la sangre.

...En aquellos instantes, alcanzaba la superficie del Nansur. Me limpié los ojos, y en aquel mismo segundo, vi la roja espalda de un Tlanusi, que se hallaba a una distancia de casi siete metros, girando y dirigiéndose poco después a mi encuentro. Lancé una mirada desesperada a mi alrededor.

La corriente del río era fuerte y me arrastraba lejos del puente. Y no sólo río abajo, sino también hacia Karak.

Intenté nadar otra vez hacia la bestia roja, quien se acercaba a mí lentamente, seguro de su presa. Mi intención era sumergirme bajo él, e intentar alcanzar la orilla cercana.

¡Si sólo hubiera uno en el río!

Alguien me gritó llamando mi atención. ¡Era Sri!

Había saltado al agua para ayudarme y me señalaba Karak.

Posiblemente él quería indicarme que nadase hacia allí, mientras pensaba si él se habría unido a mis enemigos.

Reconocí con dolor, que había sido injusto con él. Sri nadaba directamente hacia el gran Tlanu si y ya le golpeaba con fuerza muy cerca de su enorme boca.

No perdí más tiempo contemplando la horrorosa escena, y nadé todo lo rápidamente que me permitía el peso de mis botas hacia la orilla. La presencia de Sri en el río, me libraba del resto de sanguijuelas que habían aparecido en busca de sangre, quien las mantenía nadando en círculo alejadas de donde yo me encontraba.

Mis pies, al fin, tocaron el suelo de piedras de la orilla. El pequeño guerrero de la piel dorada, me chillaba algo; pero yo no podía entenderle. El ruido del río era demasiado alto. Jadeante y respirando fuertemente, me detuve y miré detrás de él. Sri, arrojaba en aquellos instantes un objeto de color amarillo con forma de pez volador a través del agua, y una docena de Tlanu si siguieron el anzuelo alejándose del pigmeo.

Me hallaba bajo la mitad del puente.

En la orilla de los pequeños guerreros Rrrylla, éstos se habían aglutinado como pequeñas abejas en torno a un imaginario panel y me observaban murmurando comentarios, que llegaban hasta mis oídos como un lejano y penetrante zumbido.

Al otro lado del Nansur, se elevaban los negros muros de la fortaleza, lisos y desafiantes, seguros de que yo jamás podría escalarlos.

Entre ellos, se encontraba una ancha plaza; que me recordó la misma plaza por la que Tibur y la Hechicera habían cabalgado tras salir por la misteriosa puerta de bronce.

Alrededor de la plaza, había construcciones de piedra con una sola planta, y florecientes árboles, que debían de protegerlas de los ardientes rayos del sol.

Detrás de ellas, vi otras construcciones más grandes, que me parecieron más suntuosas, y mejor construidas que las anteriores.

De pronto: Aparecieron varias docenas de personas que corrían hacia mí apresuradamente y en silencio.

Aquello me inquietó. No hablaban entre ellos. Sólo se acercaban concentrándose a mi alrededor.

Hice un movimiento hacia mi pistola, pero me detuve, al recordar que no la llevaba hacía ya varios días. Pero algo brillaba en mi mano...

¡El anillo de Khalk’rus!

¡Tenía que haberme colocado el anillo en el dedo, cuando los pequeños Rrrylla me atacaron!

Si el anillo me había traído hacia aquí...También él me protegería, defendiéndome de aquella multitud que me rodeaba...

Sea como fuere, aquello era todo lo que tenía para defenderme. Giré el anillo en mi mano, dándole la vuelta, de tal modo que la piedra quedase oculta entre mis dedos..

Aquella gente se acercaba cada vez más...

Una gran parte, estaba formada por mujeres, de pequeña estatura y varias de distinto tamaño a aquellas... Pero casi todas llevaban la misma ropa.. Una especie de túnica, que les llegaba hasta las rodillas, y que les dejaba el seno izquierdo al descubierto. Sin excepción

todas eran pelirrojas, de azules ojos, de piel blanca y suave como la crema, y con un hálito rosa en sus mejillas. Las más altas, eran fuertes y de cuerpos perfectos. Fácilmente hubieran podido ser Wikingerinnen, que acudían impacientes al encuentro con sus maridos, padres y hermanos, quienes regresaban al hogar de un largo viaje.

Los niños, me parecieron hermosos ángeles de azules ojos, y los hombres, que no eran muchos, también tenían el cabello rojo, y los mismos ojos azules. Los ancianos lucían cortas barbas y los más jóvenes poseían un rostro con rasgos muy poco definidos.

Todos ellos, eran unos centímetros más bajos que las mujeres. Pero ninguno, ni hombres ni mujeres, me llegaban mucho más allá de las orejas, y todos iban desarmados.

A unos pocos metros, ante mí, se detuvieron, observándome en silencio. Examinando mi figura. Con la mirada quieta en mi cabello rubio.

De pronto, en uno de los bordes de aquella masa de cuerpos, se inició un movimiento: Una docena de mujeres, se abrieron paso entre mis admiradores y caminaron hacía mí. Vestían faldas cortas, y portaban cuchillos en sus cinturones y lanzas en sus manos. Pero en contraste con el resto de las demás mujeres, éstas llevaban los dos senos cubiertos. Al llegar a mi altura, dirigieron la punta de sus armas hacia mi pecho, hasta casi rozarme.

La que parecía mandar el grupo, me miró provocativamente, con sus metálicos ojos, los cuales convenían más a un soldado, que a una mujer como aquella.

—¡El extranjero del cabello dorado! —murmuró la mujer¡ Luka nos ha sido hoy favorable! La amazona que tenía a su lado, la susurró algo en la oreja, que yo pude oír perfectamente:

—¡Tibur nos daría más por él que Lur!

Pero la que daba las órdenes, sacudió la cabeza:

—Demasiado peligroso. La recompensa de Lur, es más duradera— respondió examinándome con aire desenvuelto de pies a cabeza.

Sería una pena desaprovecharle... —gruñó después la amazona.

—No te preocupes. Lur tampoco lo hará. —Y la que parecía la jefa de aquellas mujeres guerreras me empujó con su lanza enseñándome el muro de la fortaleza.

—¡Adelante Cabello Dorado! —me ordenó—. Es una pena que no puedas entenderme.. Si no te daría un buen consejo. No gratis, naturalmente...

Sonrió la mujer, y me empujó de nuevo.

Me hubiera gustado contestarla, y acabar con aquella risa burlona que iluminaba su rostro... Me recordaba tanto a un sargento —un chico duro— a quién conocí durante la guerra.

Decidido por fin, a acabar con su provocativa sonrisa le grité:

—¡Si has de llevarme a Lur, habrás de hacerlo con la escolta que corresponde a mi posición, mujer!

Ella me miró con la boca abierta. La lanza resbaló de su mano. Estaba confusa pues no esperaba que yo dominase su lengua.

—¡Traerme a Lur a mi presencia! —troné— O por Khalk’rus—...no terminé la frase. Si no que di la vuelta al anillo en mi mano y lo extendí para que todos lo vieran.

La multitud que me rodeaba, cayó de rodillas al suelo, hundiendo la cabeza mientras palidecían.

En mitad de aquel silencio, pude oír el sonido agudo de un cerrojo de hierro al abrirse. Algunas de las piedras del muro, comenzaron a moverse, descubriendo una puerta oculta en las pétreas rocas de la ciudadela.

Y a través de ella —como si mis palabras les hubiesen llamado— aparecieron cabalgando la mujer hechicera y Tibur a su lado y tras ellos el pequeño ejército que yo recordaba haber visto sobre el puente del Nansur.

Tibur y la hechicera, detuvieron sus caballos mirando sorprendidos a aquellas gentes postradas de rodillas

El herrero, se mostraba impaciente y presionó con sus espuelas los íjares del animal para avanzar entre aquellos cuerpos Que casi tocaban al suelo con su frente.

La Hechicera, extendió una mano y le detuvo, mientras le murmuraba algo en voz baja.

La mujer que mandaba aquellas amazonas, tocó mi pie:

"¡Con vuestro permiso señor!. ..¿Podemos levantarnos?

Incliné la cabeza, y de un salto se incorporó llamando a sus guerreras, que me rodearon. Leía el miedo en sus ojos y las

—No os preocupéis.. .No he oído nada de lo que me habéis dicho.. .-le susurré—Os quedo muy agradecida.. —me respondió. Tenéis en Dara una amiga.

—¡Oh Luka!... gimió una de las guerreras— ¡Ella nos hervirá en aceite!

—Va os he dicho que no he oído nada... — les repetí.

—Favor por favor... —me dijo Dara— Si lucháis contra Tibur.. tened cuidado con su mano izquierda...

La pequeña tropa se puso de nuevo en movimiento cabalgando lentamente hacia mí. Cuando estuvieron cerca, pude ver una tenebrosa sombra que cubría el rostro de Tibur.

El Herrero, detuvo su montura al borde de la muchedumbre, V descargó su furia sobre aquellas pobres gentes:

Levantaos perros! —las chilló— ¿Desde cuándo Karak se postra de rodillas ante extraños, antes que a sus dueños?

Al oírle, se levantaron temerosos, empujándose uno contra otro, cuando la tropa cabalgaba a través de sus cuerpos.

Los ojos del Herrero centellaban con furia.

Su mano jugaba con el potente martillo, y los dos hombres gigantescos que le acompañaban, uno a cada lado, llevaban desenvainados sus cuchillos.

La Hechicera, me examinaba penetrante, pero con un cierto desinterés. Por lo visto no estaba segura de la actitud que debería tornar hacia mí, y esperaba una palabra, un gesto de mi parte Para decidirse.

No me gustaba aquella situación. Si me veía obligado a luchar no tenía muchas esperanzas de éxito contra aquellos tres jinetes, sin contarla a ella.

Presentía, que la Hechicera, no dejaría que me matasen; pero si ella no intervenía pronto... podría ser demasiado tarde para mí. No me alegraba la idea de ser golpeado y conducido a Karak como un prisionero.

De repente, comencé a sentir un odio salvaje contra aquellas criaturas, que se atrevieron a detenerme, impidiéndome realizar lo que yo deseaba... y de nuevo despertó en mí aquella fuerza mística...aquella arrogancia de ser alguien superior... que dormitaba en mí espíritu desde que llevaba el anillo de Khalk rus.

Si aquel poder... me había ayudado cuando Tibur sobre el puente del Nansur agitaba su martillo hacia mí.

Debería dejar que Dwayanu tomase posesión de mí... si tenía que enfrentarse a ellos... Era la única manera...

¡Y me abrí a Dwayanu!

Un profundo hormigueo inundó mi cerebro... Y una inmensa ola en mi conciencia arrastró con ella a lo que era Leif Langdon. Empujé a las guerreras a un lado y caminé hacia Tibur. Algo de aquel que se había apoderado de mi cuerpo debía reflejarse en mi rostro, pues los ojos de la Hechicera estaban llenos de dudas. La mano de Tibur jugaba aún con su martillo. Su caballo retrocedió hacia atrás, como si danzase al oír ocultos sonidos.

Mi propia voz —que a mí me pareció extraña— se dejó oír con furia:

—¿Dónde está mi caballo? ¡Dónde están mis armas!

¿Dónde mi bandera y mi cuerda de la Lanza?... ¿Dónde estaban los sonidos de tambores y trompetas?... ¿Esta es la bienvenida de Dwayanu a una ciudad de los Ayjir...? ...

¡Os lo haré pagar caro!

La Hechicera, abrió la boca al oírme, y me pareció escuchar que un sarcasmo claro salía de su voz de oscura campana.

—¡Detente Tibur! —Hablaré con Dwayanu... Si vos sois Dwayanu... —se dirigió después a mí—. No podéis culparnos de haberos recibido de este modo... Hace ya tiempo que los mortales no descansan sus ojos en Dwayanu... y jamás os han contemplado en esta tierra...

¿Cómo podíamos reconoceros?... Cuando os vimos por primera vez los perros amarillos os llevaban lejos de nuestro lado... Si no os hemos recibido como Dwayanu... comprended que ninguna ciudad de los Ayjir jamás fue visitada por vos de esta manera.

Lo que decía era cierto. Pero, la furia que me dominaba crecía por momentos, y alcé el anillo de Khalk’rus...

—¡Quizás no reconozcáis a Dwayanu!... ¡Pero esto os debería ser muy familiar!

—Sé que tenéis el anillo... —respondió la bruja sin asustarse pero no sabemos como lo habéis conseguido... El Anillo solo nada prueba...

Tibur, inclinó su cabeza hacia delante:

—¿Por qué no nos decís de qué lugar habéis venido? ¿Sois quizás una quimera de Sirk?

Un murmullo intranquilo subió sobre la muchedumbre.

La Hechicera, frunció las cejas.

—«En tu cabeza, nunca estará tu fuerza, Tibur» —pensé—. Pero le respondí:

—Yo vengo de la tierra de tus antepasados... De la cuna de Ayjir... diablo rojo —y después miré a la Hechicera.

Los metálicos ojos de la mujer se abrieron sorprendidos, y sus labios rojos parecieron murmurar algo que no llegaba a oír, mientras que de la muchedumbre volvió a elevarse un griterío de temor y respeto.

—¡Vos mentís! —bramó Tibur— Ya no existe vida en la tierra de los antepasados. En ningún sitio hay vida. Khalk'rus la ha absorbido por todas partes menos aquí. ¡Vos mentís Dwayanu!...

Mientras así hablaba Tibur, el Herrero, seguía acariciando con una de sus fuertes manos el mango de su omnímodo martillo. De pronto una oscura nube se fue esparciendo ante mis ojos como un velo inmenso teñido en sangre a medida que la furia me iba invadiendo.

El caballo del hombre que estaba a mi lado ya hacía un buen rato que lo había observado, porque me parecía grande y noble, como son los Rotschimmel (caballo de pelo rojo), tan fuerte como pudiera ser el negro que me ha traído a través del Desierto del Gobi. Yo fui hacia él, y asiéndole por las riendas

con un fuerte y brusco gesto le obligué a doblar las rodillas mientras el jinete desesperado hacía una voltereta por encima de la cabeza del caballo cayendo a tierra delante de mí, pero sosteniéndole erguido sobre sus dos robustas piernas, y ligero como un verdadero gato, saltó hacia arriba cuchillo en mano dispuesto a hundirlo en mi pecho, mientras que con la siniestra abatió su martillo sobre mi cabeza, pero mi agilidad y mi fuerza le derribaron al suelo con ambos golpes tan veloces como efectivos, y antes de que Tibur hubiese podido hacer ningún gesto más de ataque o de defensa, ya estaba inmovilizado y con la punta de mi puñal en su garganta. Hice ademán para hundírselo, y degollarlo. Pero una voz me hizo vacilar. ¡Deteneos Dwayanu! ¡Te lo ruego!... Era la voz de la Hechicera, Lur, que me suplicaba quedamente, casi susurrando.

Yo reí, presionando con la punta del cuchillo sobre la garganta del inerme caído hasta hacer brotar por su piel un hilo de sangre que se deslizó rápidamente por el palpitante cuello. Entonces grité. ¿Soy Dwayanu... O una quimera de Sirk?... ¡Responde Lur...! El jadeaba y otra vez me reí.

¡Yo soy Dwayanu!... y me vas acompañar hacia Karak, para allí hacer sacrificio por tu audacia y descaro, Tibur...

Diciendo esto retiré el puñal de su garganta. Sí, yo lo retiré y ¡Por todos los dioses!, si hubiera querido podría haber matado a Tibur, pero no lo hice desaprovechando así una verdadera oportunidad.

Me dirigí a la Hechicera para ordenarle:-Quédese a mi lado derecho, que Tibur debe de cabalgar delante de nosotros.

Entonces emprendimos el camino por las arenas de la playa a través de la abertura del muro de la Ciudadela negra.

2° EN LA CIUDADELA NEGRA

La pesada cerradura de hierro se encajó gruñendo detrás de nosotros.

El pasillo, a través de los muros era ancho y largo. A ambos lados habían hombres armados, pero la mayor parte eran mujeres. Ellas sólo se limitaron a mirarme. Su disciplina me parecía admirable. Silenciosamente me saludaban con los puñales en alto.

Fuera del pasillo llegamos a un patio grande que estaba rodeado por la misma piedra negra de la fortaleza y de la misma, pavimentado. Por lo menos un medio millar de guerreras se encontraban aquí muy cerca una de otras. Todas eran del mismo tipo y aspecto: fuertes, con ojos azules e ígneos cabellos.

El patio tendría un kilómetro cuadrado. Enfrente de la entrada vi un grupo de jinetes parecidos a aquéllos que nos acompañaron, eso por lo menos sospeché. Ellos se arremolinaron empujándose, alrededor de una puerta, y hacia ellos cabalgamos.

Después llegamos ante un gran círculo como de unos treinta metros, comprobando que era un hoyo donde burbujeaba agua hirviente, haciendo ascender gran cantidad de vapor. —Un geiser —supuse. Un ligero olor a azufre me golpeó en las fosas nasales. En torno al hoyo habrían pilares y azules maderos transversales como los de una parrilla, y de cada uno de éstos bamboleaban siniestramente unas finas cadenas de acero. Este era sin duda un sitio poco agradable y no me gustaba en absoluto. Tibur, debía de verlo en mi rostro porque él me explicó con tono irónico. —Vuestra cazuela.

Pero entonces resultará difícil sacar el caldo —respondí, porgue lo consideré como una broma.

—¡Oh!, la carne que cocinamos aquí, no nos la comemos...

Respondía aún más sarcástico, lanzando una carcajada.

Cuando me di cuenta de lo que quería decir se me revolvía el estómago. Eran hombres los que fueron colgados en esas cadenas sobre la olla del Diablo hasta que su carne se desprendiera y quedaran tan sólo los huesos. Pero yo me dominé para que no se me notaran las fuertes náuseas que sentía. Yo sólo incliné la cabeza con fingido desinterés y seguí cabalgando. La Bruja no se fijaba en nosotros. Con la cabeza hundida entre los hombros, y profundamente perdida en sus pensamientos iba unos metros delante de nosotros, pero yo noté que de vez en cuando me lanzaba una mirada. Nos acercamos hacia la puerta. Ella hizo una señal a la tropa que se encontraba allí. Se trataba de una veintena de las guerreras pelirrojas y seis hombres armados —los que saltaron de sus caballos.

La Bruja se acercó a mí para susurrarme:

—Da la vuelta al anillo para que la piedra quede descubierta.

Sin replicar una palabra, así lo hice.

Llegamos hasta la puerta. Yo me puse más cerca de la tropa. Las guerreras llevaban el jubón que les dejaba un pecho descubierto, y los pantalones recogidos en los tobillos. En sus anchos cinturones pendían sendos machetes o puñales, uno largo y otro más pequeño y manejable. Los hombres, igualmente vestidos pero con las camisas más anchas y ligeras también llevaban los mismos cuchillos en los cinturones, pero además lucían un pesado martillo, que pendía de un lazo en un extremo.

Las guerreras, quienes me rodeaban después de mi partida de rotación, eran muy bonitas, pero éstas resultaban muchísimo más atractivas, con rostros muy finos, y por lo visto de una ascendencia más noble.

Ellas no me examinaron menos francamente que yo, apreciáronme igual que las otras guerreras. Sus miradas lanzaban destellos de admiración hacia mi pelo rubio prendándose allí como fascinadas. Sin embargo sus faces desprendían signos de una fría crueldad al igual como la del Herrero Tibur.

Yo incliné la cabeza desinteresado otra vez. ¡Qué irreflexivo había sido al entregarme a la gracia de esta gente! ¿Pero qué otra cosa hubiera podido hacer, excepto escapar hacia

Sirk? Además, ya ni sabía dónde estaba ese Sirk. Todo lo alcanzaba con la vista y solo no hubiera hecho el intento. La parte de mi Yo, que era Leif Langdon, pensó en ello, pero la otra parte, Dwayanu, no lo tenía en cuenta sino todo lo contrario, el fuego de la temeridad quemábase en mí con arrogancia, la que hasta ahora se preocupaba por mi seguridad y ella susurraba que ninguno de los Ayjir tenía el derecho, el más mínimo derecho, de lo que yo hice, o coger dudas o atajarme el camino. Y esta arrogancia insistía siempre con más fuerza y convencimiento de que me tenían que recibir con toda clase de honores, estandartes, y algarabías de tambores y clarines. La parte que pertenecía a Leif Langdon, contestaba que no podía hacer más que continuar con aquél con quien había empezado, y debía de compartir el juego, y que no existía otra solución,

Y sin embargo, por la otra parte, los recuerdos antiguos, Dwayanu, despertando la influencia del Sacerdote Viejo, Post-hypnotische, del Gobi, preguntaba impaciente porque dudaba de mí mismo, asegurándome que no era un juego, sino realidad y que no me dejase humillar por más tiempo por estos perros Degenierher.

Entonces me agité en el caballo y miré con desprecio y orgullo hacia abajo en los rostros que se habían dirigido hacia mí. Sí, yo miraba hacia abajo, hacia ellos, con altivez porque yo sobrepasaba en doce o quince centímetros de estatura al más alto o alta de entre ellos.

Luka me tocó el brazo. Entre ella y Tibur pasé dominándoles con mi estatura a través de la puerta de la Ciudadela Negra. Sorteando unos largos pasillos llegamos. La luz del día que caía por una delgada abertura muy alta, hecha en la piedra pulida brillaba con tonos suaves y ligeros.

Nosotros fuimos alejándonos de las guerreras que saludaban silenciosamente a nuestras espaldas y pasamos por entre un dédalo de pasillos que se cruzaban en nuestro camino. Por fin alcanzamos una puerta herméticamente cerrada. Una vez aquí Luka y Tibur ordenaron retirarse a sus acompañantes detrás de nosotros.

Por primera vez me daba cuenta del Kraken. El descubrió toda la pared de la habitación en cuanto nosotros hubimos entrado. Mi corazón palpitaba locamente cuando le vi. Durante unos instantes apenas pude dominar el impulso de empezar a correr. Sólo más tarde me iba dando cuenta que este Kiche, era un mosaico sobre la piedra negra, o a lo mejor que la casilla amarilla por la cual él acechaba, era el mismo mosaico y que el Kraken negro estaba construido mismamente fuera de la piedra del muro.

Sus insondables ojos parecieron mirarme con la misma expresión de maldad que los Pygmoyden, en su retrato del símbolo plasmado en aquella alta roca estaban tan perfectamente representados.

Algo se movía debajo del Kraken. Una cara me observaba

desde detrás de una capucha negra. Primero pensé en el viejo sacerdote del Gobi pero después me fui dando cuenta de que este hombre no era tan viejo y que sus ojos brillantes, de un azul claro, y su rostro carecían de arrugas, así como de expresión como si estuviera construido en frío mármol. Entonces recordé las palabras de Evalie, y deduje que este rostro sólo podía pertenecer a Yodín, el Sumo Sacerdote. El, permanecía sentado en un amplio sillón igual a un tronco, tras una larga mesa con diversos rollos de pieles, papiros, con escrituras al igual que los antiguos egipcios, y que tenían como fundas o depósitos unos cilíndricos tubos de metal de color rojo. A la derecha e izquierda habían dos tronos más.

El, elevó en el aire la mano blanca y delgada y me saludó.

—Venid hacia mí. Vos que os hacéis llamar Dwayanu.

La voz resultaba fría, y con tal ausencia de pasión como el mismo rostro pero sin embargo era cortés. Otra vez me pareció ver al sacerdote del Gobi, como alguien más bajo de nobleza que él al que no se le puede obedecer un mandato, y exactamente este sentimiento me movía. El pareció adivinarlo porque un destello inicial de furia se fue distendiendo por su impertérrito rostro mientras observaba inquisitivamente.

—Oí decir. —Vos tenéis un cierto anillo.

Yo jugaba con mi anillo en la mano hasta ponerlo hacia arriba en el dedo para después extender el brazo hacia el sacerdote. El clavó los ojos en el anillo. La fría rigidez de su rostro se iba diluyendo. Con un gesto, introdujo su mano en el cinturón sacando una cajita y de ella un anillo el que puso al lado del mío. El suyo no resultaba tan grande y se diferenciaba también un poco en su montura. El se fijaba en los dos anillos y comenzó a jadear haciendo temblar el aire hasta que cogió mis manos y las miraba intentando leer en las líneas, hasta que las dejó libres para retreparse en su sillón inquiriéndome.

—¿Por qué venís aquí?

—¿Debe Dwayanu contestar vuestras preguntas en pie como un modesto mensajero? —Le repliqué bruscamente. Y decidido pasé detrás de la mesa tomando asiento en uno de los dos tronos vacíos que estaban a su lado, añadiendo seguidamente con perentorio acento. —Ordenad traer algo para beber porque siento sed, y hasta que no esté apagada no voy a hablar.

Un intenso rubor cubrió su blanca faz. La bruja no apartaba sus ojos de mí, pero sus rostros ahora no manifestaban ningún sarcasmo. Su interés por mí en alguna manera había crecido ostensiblemente. De repente me di cuenta de que el trono donde me había sentado era el trono de Tibur. Yo lancé una sonora carcajada.

—Ten cuidado Tibur —le avisé—. Esto podía ser un agujero.

El Sumo Sacerdote objetó con voz inexpresiva. —Si él, es verdaderamente Dwayanu, Tibur, entonces ningún horror puede ser demasiado grande para él, preocúpate de que alguien traiga el vino.

La mirada conque el Herrero me estudiaba tenía algo de interrogante y por lo visto eso mismo notaba la Bruja. Ella habló con tono pausado. —Yo me ocuparé de ello. —Y pasó hacia la puerta abriendo una casilla que daba a un armario. Luego de servirnos, Lur se quedó esperando. Mientras el silencio nos dominó a nosotros.

Muchos pensamientos se agolparon en mi cabeza. Yo pensé que no me había gustado nada la mirada de inteligencia que Tibur el Herrero había cruzado con Yodín, y que Lur, aunque yo quizás pudiera confiar en ella, sería la primera en tomar un sorbo del vino antes que ninguno de nosotros. También pensé que no daría muchas explicaciones de la forma en que yo había llegado al país de las sombras y pensé en Jim Eagle.

Creí que mi corazón debía romperse de anhelo por ella y me sentí increíblemente solo y abandonado. Luego sentí de nuevo el salvaje desprecio de mi otro yo, notando cómo luchaba contra las trabas.

La Bruja puso ante mí el jarro y el cáliz al que había colmado de amarillo vino ofreciéndomelo. Yo la sonreí.

—Quién escancia el vino bebe primero —dije—. Así era costumbre Lur, y yo tengo gran aprecio y respeto por las costumbres antiguas.

Tibur se mordía el labio inferior mesándose pensativo de la barba pero súbitamente y sin titubear alzaba el cáliz hasta su boca y los vaciaba de un solo trago. A mi vez levanté mi vaso

ante Tibur con el maldito deseo de provocar al Herrero. Le increpé.

—¿Lo hubieras hecho si tú hubieras sido el Mundschenk, eh Tibur? —Y bebí.

Era un buen vino y noté su picor en la garganta y en la sangre. Una temeridad sin posibilidad de neutralizar me removía. Me escancié más vino y vacié nuevamente el vaso de un solo trago.

—¡Venid aquí Lur! —Exclamé—. Sentaros con nosotros. —Y tú Tibur, júntate también a nuestro lado.

Despaciosamente la Bruja tomó asiento en el tercer trono mientras Tibur traía otro asiento tan grande como los nuestros. Tibur me observaba intensamente y yo me daba cuenta de que sus rasgos habían cambiado. El me miraba con un interés extraño y pensativo como sólo lo había hecho hasta ahora la hechicera Lur. El sacerdote, muy pálido me pareció totalmente distraído en sus pensamientos, y en realidad los tres parecían un tanto inmersos en sus meditaciones, y Tibur, parecía intranquilo cuando me contestaba

—¡Pues bien Dwayanu! —Me dijo fijando sus ojos en mí,

Y yo repuse. —Yo contesto ahora vuestra pregunta, yo he venido hacia Yodín porque Khalk'rus me llamó.

—Es extraño —murmuró él—. Que el Sumo Sacerdote de Khalk'rus no supiera nada de ésto.

—Las razones de eso me son ignoradas —repuse calmosamente—. Preguntad a quien a Vos os sirve.

El, parecía pensar sobre esto, luego añadió.

—Dwayanu vivía hace mucho, mucho tiempo... Antes... Murmuraba.

—Antes de Sacrileg, cierto.

Tomé un largo y profundo sorbo para añadir.— Pero como Vos podéis ver, estoy aquí—.

—¡Que sabéis Vos del Sacrileg! —sus dedos habían aferrado mi muñeca.

¡Quién sois!... ¿De dónde venís?

—Yo vengo —le respondí— de la tierra de los antepasados...

Todavía apretó mi muñeca con muchísima más fuerza utilizando las mismas palabras que Tibur.

—¿De la tierra de los antepasados? ¡Allí ya no existe vida! En su furia Khalk'rus la rompió en pedazos. Sólo es aquí donde Khalk'rus da a sus servidores toda protección y existe aún vida.

El mismo no creía en lo que estaba diciendo. Eso descubrió su propia mirada cuando se posaba en la bruja y el herrero Lur, y tampoco ellos creían en eso.

—El País que fue nuestra cuna —expliqué—. Ya no es más que mortales despojos. Sus ciudades están bajo un espeso sudario de arena. Sus lagos permanecen secos y sólo la arena se desliza por sus cauces azotado por el viento del desierto. Pero todavía hay vida en la Tierra de los Antepasados, y aunque la sangre antigua se haya diluido así lo fue todavía hasta hoy. Aún Khalk'rus es admirado y temido de allí de donde yo vengo. Y en los otros países produce la tierra antes, como ahora, la vida, en eso nada ha cambiado.

Levanté otra vez mi cáliz y bebí largamente. Era un vino bueno que obligaba a aumentar mi tenacidad y bajo su influencia ha ganado Dwayanu en poder.. Y eso estaba quizás muy bien.

—¡Enseñadme el sitio de donde venís! El Sumo Sacerdote me rogó, pasándome una tabla de cera y un carbón. Yo, dibujé los contornos del Asia del norte y de Alaska, indicando el Desierto del Gobi, y enseñaba el punto casi exacto del Oasis y también el lugar del País de las Sombras. Tibur cogió la tabla para estudiarla y el Sacerdote rebuscaba entre las escrituras, sacando una y luego otra para compararla con mi escrito. Le pareció en verdad ser un mapa, pero en el suyo el Litoral del norte era totalmente distinto. Una línea se distinguía de manera que quizás quería enseñar una ruta. Por encima y por debajo de la ruta distinguíanse letras y símbolos de un lado a otro. Yo me pregunté si posiblemente no se trataba en ese mapa de apuntes sobre el éxodo de la Raza Antigua que se escapó del Desierto del Gobi.

Al fin ellos se quedaron mirando pensativos y el Sacerdote me pareció un poco asustado. Los ojos de Tibur revelaron un poco de temor y de furia a la vez. Sólo la Bruja parecía totalmente tranquila. Otra vez callaba el Sacerdote.

—Cosas bastante extrañas habéis contado —murmuró él por fin—.Y Vos habéis venido a nuestro País de una manera muy extraña. ¿Seguramente, no os importará que nosotros nos asesoremos?

Yo fijé mi vista en el jarro. Aún estaba medio lleno. Me gustaba el vino, sobre todo porque distraía mi preocupación por Evalie.

Informaros de todo lo que queráis —les dije muy generosa-mente—.Y ellos se retiraron a un rincón de la habitación.

Yo iba echando una y otra vez vino, dentro de mi cáliz y olvidé a Evalie. Entonces empecé a sentirme bastante bien. Ya no quería que Jim estuviese conmigo. Entonces vacié nuevamente el cáliz y olvidé a Jim. Sí, me divertía grandiosamente y si diera más libertad a Dwayanu tocaría gustosamente los timbales. Empecé a notar un fuerte sueño que se apoderaba de mí y me pregunté qué diría el Viejo Barr si él pudiera estar aquí conmigo. De pronto me asusté porque el Sumo Sacerdote estaba junto a mí y me estaba hablando. Me pareció que él había estado hablando hacía mucho tiempo pero no me podía acordar, tanto que me interesaba lo que pudiera haber dicho. También tenía la impresión de que alguien tiraba del anillo de mi dedo, pero estaba tan justo en mi mano cerrada, que la piedra ha penetrado en mi carne y había producido una verdadera hemorragia. Los vapores del vino parecía que habían desaparecido. Miré a mi alrededor y la Bruja y Tibur se habían esfumado. ¿Es que habré estado dormido? Yo estudié el rostro de Yodín interrogativamente. A él se le veía cansado y fatigado, pero también vi en su rostro una gran satisfacción, y eso no me gustó nada en absoluto.

—Los otros se han ido para preparar una recepción digna de Vos —explicó el Sumo Sacerdote—. Y también para ocuparse de vuestras habitaciones y de la ropa.

Yo me levanté y me acerqué a su lado inquiriéndole. ¿Como a Dwayanu?

—Todavía no —repuso él secamente—.Pero sí como a un huésped de alta categoría. Sin más pruebas es lo otro demasiado serio el decidirlo ahora.

—¿Y en qué prueba habéis pensado Vos?

El me contempló largamente antes de responderme preguntándome a su vez.

—¿Vuestra oración llama a Khalk’rus hacia aquí?

Casi automáticamente sentí escalofríos. El me miró tan escrutadoramente que temí que se hubiera dado cuenta.

—Refrenad vuestra impaciencia— me dijo con una voz tan dulce como la miel.

Vos no necesitáis esperar demasiado tiempo, pero antes de que el momento llegue apenas si os voy a ver. Pero antes quiero rogaros un favor.

—¿Y qué favor será? —le pregunté.

—Que no llevéis el anillo porque la gente os lo puede ver. excepto cuando lo creáis necesario.

—Lo mismo me rogaba Lur, pero infinidad de personas ya me han visto con el anillo, y todavía más de ellos deberían de saber que lo tengo. Yodín se daba cuenta de que yo sentía escalofríos.

—El anillo es algo sagrado —me explicó—.

Yo no sospechaba que había otro anillo además del mío hasta que lo habéis enseñado en el puente de Nansur, y no es bueno tratándose de algo tan sagrado, y yo sólo pregunto si el mío será necesario.

Pensé en que era casualidad, que él se preguntara si era o no necesario. Yo sólo deseaba que él no hubiera sospechado en mí mi último pensamiento.

—Pero en fin; —dije—. No veo razón alguna de el porqué no he de haceros a Vos, Sumo Sacerdote, este favor.

Y diciendo ésto me saqué en anillo de mi dedo metiéndolo en mi cinturón.

—Estaba bien seguro de que Vos lo entenderíais —murmuró Yodín.

El sonido de un gong de timbre opaco y solemne dejose oír por el recinto. Yodín hizo un gesto de presión en un lado de la mesa y la gran puerta se abrió haciendo entrada en la estancia tres hombres jóvenes de normal aspecto que se cubrían con un simple sayo.

—Estos son vuestros servidores —me explicó el Sumo Sacerdote— y os van a conducir a vuestros aposentos. Yodín inclinó la cabeza al decir esto. Entonces salí de la estancia siguiendo a los tres hombres de Ayjir. Flanqueando la puerta estaban una docena de guerreras, y la jefa de ellas tenía los ojos muy azules. Me saludaron y me escoltaron haciéndome guardia de honor mientras yo seguía a los jóvenes a través del pasillo, y entonces volví los ojos hacia mi espalda, y pude ver en un momento ¡cómo la Bruja penetraba sigilosamente y de puntillas en la habitación de los tres Tronos!

Mis acompañantes y yo llegamos a otra habitación donde estaba otro guardia en la puerta, y ésta fue abierta para que yo entrara seguido de los tres hombres jóvenes.

La capitana de las mujeres me miró con sus celestes ojos diciéndome con palabras concisas.

—También nosotras estamos bajo su mandato, Señor. Y si podemos hacer algo por Vos no tenéis más que llamarme, porque estaremos de guardia aquí mismo, delante de la puerta.

Diciendo esto me entregaba un pequeño gong de jade, para después saludarme militarmente y retirarse cerrando la puerta detrás de sí.

La habitación me pareció como si la hubiese conocido, dándome una extraña confianza, y al irla observando me fui dando cuenta que era casi igual a las que me habían

dado en el Oasis, porque podía ver aquí las mismas sillas metálicas tan características. Allí se encontraba una igual cama diván muy baja y parecidas decoraciones en las paredes y las mismas alfombras guarneciendo el suelo. Sólo que aquí estaba en muy buenas condiciones y no corroído por los dientes del tiempo como en el Oasis, aunque naturalmente algunas de las decoraciones estaban algo desvaídas por la acción del tiempo, pero sin hacerlas perder su belleza porque no estaban estropeadas. Sin embargo otros utensilios y moblaje tenían el aspecto de ser muy nuevos como si los hubieran hecho recientemente, pero los cortinajes mostraban las mismas escenas de caza como los muy gastados del Oasis con las escenas de la vida en el País de las Sombras.

Uno de los tapices tenía plasmado el puente de Nansur todavía entero. Otro describía una batalla entre los Ayjir y los Pigmoiden, y mas allá podía verse un bosque fantástico, por donde corrían unos lobos blancos. Pero algo era diferente, y yo miraba concentrada y pensativamente a mi alrededor para ver si me daba exacta cuenta de lo que era. Y es que en la habitación del Oasis habían guardado las armas de los habitantes antiguos, sus lanzas y puñales, cascos y escudos, y en esta habitación no había nada de todo esto. ¡Y entonces recordé que yo había tenido el puñal en mi cinturón cuando estuve en la habitación con el Sumo Sacerdote! ¡El había desaparecido! Sin poder evitarlo sentí cierta intranquilidad.

Entonces me di la vuelta mirando a los tres jóvenes Ayjir y comencé a desabrocharme la camisa viniendo ellos apresuradamente para ayudarme a desvestirme. En ese instante noté una terrible e imperiosa sed.

—Traedme agua para beber —le dije a uno de los tres jóvenes—. Pero él hizo caso omiso a mis palabras.

—Traedme agua para beber —le repetí creyendo que no había oído mi orden—. Pero totalmente insensible opté por tocarle en los hombros con un gesto bastante brusco. Pero el joven sonrió y mirándome hacia arriba abrió la boca enseñándomela. —No tenía lengua— Después señalose en las orejas indicándome que también era sordo, y entonces le entendí.

Nuevamente mi intranquilidad se hizo presente desasosegándome y desconcertándome.

—¿Es que era acaso habitual que los soberanos de Karak se hicieran servir por sordomudos? ¿O habían mutilado expresamente a estos jóvenes para ciertos huéspedes exclusivamente, y especialmente? y me pregunté a mí mismo —¿Huéspedes o prisioneros? Entonces cogí el gong y toqué sobre su superficie sonoramente. Casi de inmediato se abrió la puerta y el capitán femenino se presentó saludándome marcialmente.

—Tengo mucha sed —expliqué—. Traedme agua, por favor.

En vez de contestarme, la guerrera se limitó a atravesar la habitación poniendo una cortina en el extremo de ella. Detrás de la cortina se hizo un pequeño cuarto y en el suelo surgió un pozo llano, del que comenzó a fluir agua muy fría y espumosa. La capitana sacó de un nicho en la pared un gran vaso llenándolo a rebosar para ofrecérmelo.

—¿Queréis alguna cosa más Señor? Me preguntó observándome con sus grandes ojos azules. Yo sacudí la cabeza con gesto negativo y ella abandonó la habitación inmediatamente.

De nuevo seguí desnudándome ayudado por los sordomudos para luego pasar a que me dieran unos masajes con aceite muy ligero y perfumado, mientras iban rondando por mi cerebro más y más pensamientos.

La mancha dolorosa que lucía en la superficie de mi mano me recordaba palpablemente de que alguien había tratado de arrancármelo de mi dedo, y también tenía el

convencimiento de que antes de haberme despertado de mi aturdimiento el Sacerdote me había hablado, mucho y seguido para sonsacarme y me quedaba claro de que casi no quedaba nada de mi audacia y temeridad, y a ellos les había resultado muy bien el traerme aquí porque ahora era mucho más débil, porque ahora era mucho más Leif Langdon que Dwayanu.

—¿Qué me había dicho el Sacerdote? ¿Qué me había preguntado? ¿Y yo, qué había contestado?

Me aparté de las manos de mis masajistas y corrí hacia mis pantalones para revisar dentro de mi cinturón. ¡El anillo todavía estaba allí! ¡Pero mi bolsa vieja había desaparecido!

Toqué nuevamente el gong. El capitán femenino acudió inmediatamente. Yo, estaba completamente desnudo, pero no me fijaba en ella como en una mujer, y sí como en un guerrero más.

—Escucha —la dije—. Traedme un pequeño cofrecillo donde pueda caber mi anillo y luego una cadenilla para colgarlo de mi cuello, fina, pero fuerte. ¿Me habéis entendido bien?

—Ahora mismo me ocupo de eso Señor-me aseguró ella—. Y luego regresaba bastante deprisa poniendo sobre la mesa una grabada jarra de vino y después extrajo de entre su jubón, un cofrecillo de plata repujada y enseñándomelo me dijo.

—¿Este es adecuado Señor?—. Yo le di la espalda a la guerrera, y pude comprobar cómo el anillo de Khalk’rus encajaba perfectamente en el cofre.

—¡Estupendo! —exclamé dándome, la vuelta hacia ella—. Pero no tengo nada para ofreceros por esto.

Ella rió levemente. —Para mí ya es bastante honor el veros señor—. Parecía que sus palabras eran sinceras, sin añadir más, me saludó y abandonó la habitación.

Yo me colgué el cofrecillo del cuello muy cuidadosamente. Luego me serví más vino apurando de un solo trago el contenido, para seguidamente volver a escanciarme hasta el borde del vaso. Luego volvime a mis masajistas que me esperaban pacientemente.

Empecé a sentirme otra vez un poco mejor, y mientras yo bebía ellos me fueron atendiendo, bañándome, cortándome el pelo y rasurándome la barba.

Yo cuanto más bebía me iba sintiendo más y más Dwayanu. Mi antipatía por Yodín iba creciendo pero no alteraba mi buen humor.

El trío de servidores comenzaron ahora a vestirme poniéndome una camiseta de seda y enfundando mis largas piernas con el mismo material que el jubón bastante largo y de un color amarillo muy fantástico, con hilos metálicos. Luego me abrochaban un cinturón decorado con piedras preciosas calzándome con unas sandalias de oro puro pero muy suave y dúctil. Ahora me peinaban mis cabellos que me habían dejado de forma que rozaba mis orejas. Mientras ellos estuvieron ocupados conmigo todavía me tomé otro jarro de vino sintiéndome un tanto embriagado, pero no me importaría el estarlo un poco más, y desde luego iba perdiendo el humor para permitir que me agasajaran. Cogí el gong nuevamente de encima de la mesa y golpeé esta vez más suavemente para llamar al capitán femenino porque deseaba pedir más vino y también cuándo me iban a traer la comida.

La puerta se abrió pero no entró la guerrera; lo hizo la Bruja

3° EL ANCHO MAR FANTASMA

Lur, parada en el quicio de la puerta me contemplaba con la boca entreabierta realmente muy sorprendida al ver mi cambio, por causa de las ropas que me habían dado los

Ayjur y por efecto de sus cuidados. Era un gran cambio de personaje —el que ella veía ahora— a aquel que había surgido del río hacía poco tiempo, empapado y desnutrido. Sus ojos brillaron y una oleada de rubor inundó sus mejillas. Lur se aproximó a mí hasta casi rozarme con su cuerpo.

—Dwayanu.. ¿Venís conmigo? —me preguntó—. Yo le sonreí contestando.

—Por qué no, Lur, pero, ¿por qué debería de ir al otro lado?

Ella me susurró quedamente sin apartar sus ojos de los míos.

Seas Vos Dwayanu o no, yo pude convencer a Yodín que vos estabais bajo mi protección, y hasta que el vaya al templo conmigo vos estaréis seguro.

—¿Y por qué hacéis esto por mí Lur?

Ella no contestó, poniéndome una mano sobre mi hombro contemplándome suavemente con sus azules ojos.

Aunque mi inteligencia y sentido común me decía que su interés debería ser otro, que su pasión repentina por mí, su contacto unido a su mirada forzaba a correr la sangre ardientemente por mis venas y me era casi imposible el lograr que mi voz no resultara completamente alterada.

—Voy contigo, Lur —murmuré tuteándola—. Y ella dirigiéndose hacia la puerta la abrió. A los pocos instantes volvía con un mantón y un gorro negros. Me puso el manto sobre los hombros cerrando sobre mi cuello el cierre metálico para después encasquetarme el gorro profundamente de manera que no se me veía mi dorado cabello. Aparte de mi alta estatura podía pasar por un Ayjir perfectamente.

—Nos debemos de dar prisa Dwayanu...

—Ya estoy preparado, pero espera un segundo...

En unas zancadas atravesé la habitación y recogiendo parte de mis cosas viejas hice un apretado lío con ellas diciendo a Lur.

—¡Quién sabe si un día no volveré a necesitarlas!.

Ella no replicó, limitándose a atravesar la puerta seguida por mí. Al salir nos encontramos con la capitana guerrillera que estaban en el pasillo y al lado de ellas había como una media docena de las acompañantes de Lur especialmente bellas y jóvenes. En ese momento reparé en que todas ellas llevaban una camisa con peto, y además de ir munidas con los dos puñales habituales habían añadido a su atuendo un martillo igual que Lur y era porque por lo visto esperaban tener dificultades.

—Entrégame tu puñal —Lur. sorpresivamente le habló a la oficial femenina.

—Dáselo a él —ordenó ahora Lur, y la joven obedeció.

Yo le sopesé cuidadosamente, notando que no era todo lo pesado que a mí me hubiera gustado, pero de todas formas siempre era un arma útil. Lo metí en mi cinturón y empezamos a andar por el pasillo hacia abajo. Unos cien metros después penetramos en un cuarto vacío. Observé que Lur suspiraba tranquilizada. Lur, apoyó una de sus manos sobre el ángulo de una de las paredes y pude ver cómo una gran roca se descubría al otro lado y aparecía un oscuro pasadizo por donde nosotros nos deslizamos notando inconscientemente como la abertura se cerraba tras de nosotros, quedándonos envueltos en una profunda oscuridad. Pero, de repente, unas antorchas brillaron en manos de dos de las jóvenes. Las llamas flameaban como si fueran de plata y completamente estáticas y tranquilas. Las dos guerreras iban delante y sólo después

de un largo rato alcanzamos el final del pasillo secreto. Las antorchas se apagaron y nuevamente otra roca resbaló hacia el otro lado de la nueva abertura. Yo oí susurros y luego de que mis ojos se acostumbraron a la oscuridad me di cuenta de que nos encontrábamos en lo hondo de uno de los muros exteriores de la Ciudadela Negra y cerca de nosotros una media docena de las chicas de Lur nos esperaban con caballos bien dispuestos.

—Subid señor, y cabalgad a mi lado —me rogó Lur.

Obedecí, apretando mi envoltorio donde llevaba mis cosas viejas sobre el borrén delantero de la silla de montar que portaba un gran caballo gris que me había destinado y que Lur me indicara. Empezamos nuestro camino en silencio y pude comprobar como en este país nunca estaba totalmente oscuro por una rara reflexión, porque dominaba una débil luz verde y hoy quizá brillaba con un poco de mayor intensidad. Me pregunté si habría una luna llena sobre las cumbres que dominaban el valle. También pensaba en si tendríamos que cabalgar mucho tiempo.

Ahora no me sentía ebrio como cuando Lur entró en mi cuarto pero en cierto modo lo estaba aún más y mi cabeza sentíase ligera como un lobo, quizás por el sentimiento de ser libre de toda preocupación, y esto me parecía sencillamente fabuloso. Esperaba que Lur tuviese buen vino allá donde me llevaba y me hubiera gustado tener una jarra ahora mismo. Fuimos cabalgando rápidamente al otro lado de la Ciudadela. Las calles eran anchas y bien construidas y en las casas brillaban luces, estando los jardines brillantemente iluminados. Se podía oír cantar con el ritmo de alegres tambores y sonidos de flautas y el aspecto de esta Ciudadela no parecía tan triste como la de las gentes de Karak. Por lo menos es lo que pensé entonces.

Ahora quedaba la Ciudad detrás de nosotros y cabalgamos sobre una calle muy lisa la que se veía bordeada de árboles muy tupidos. Bandadas de minúsculas luciérnagas pasaban alrededor de nosotros con sus alas de marfil.

Durante unos momentos me dejé dominar por mi recuerdo y vi la casa de Evalie casi delante de mí. Pero el recuerdo se disipó al instante. Mi caballo gris tenía un galope armonioso y alegre que me hacía sentir una agradable euforia. Entonces empecé a cantar una antigua tonada sobre un enamorado que cabalga a la luz de la luna en busca de su amada y la encuentra allí donde habían quedado citados.

Lur se reía, pero apretó su mano sobre mis labios diciéndome.

—¡No tan alto Dwatan que el peligro todavía no ha pasado!.

De vez en cuando me parecía ver otra vez la barra blanca del río hasta que llegamos a un largo camino donde la senda era tan estrecha que habíamos de cabalgar uno detrás de otro entre rocas plenas de verde musgo. Cuando las dejamos tras de nosotros la calle se dividía, y una bifurcación seguía recta mientras la otra torcía a la izquierda. Por ella seguimos durante casi cinco kilómetros por lo visto directamente a través del corazón del bosque verdadero.

Los gigantescos y titánicos árboles formaron un alto techo de hojas sobre nosotros y los ramajes y coronas que ellas formaban brillaban como llores fantásticas en el tenue color verde. El perfume variado y embriagador era fuerte aquí, muy fuerte. y palpitaba de forma casi sonora y rítmica por todo el bosque como sería la pulsación de su corazón borracho de vida.

Llegamos al final de la calle y debajo de nosotros se hallaba el Ancho Mar de los Fantasmas. Yo nunca podía haber creído que en ninguna parte del mundo pudiera existir un sitio de tanta belleza como este mar, debajo de la Reflexión donde Lur tenía su hogar. El mar estaba formado como la punta de una flecha, y los largos de la ribera no rebasarían el

kilómetro y medio. Tupidas colinas lo rodeaban. El agua de un claro esmeralda y la superficie aparecía pulida y tranquila, pero bajo esta superficie se notaba un perpetuo movimiento que se traducía en brillantes y tenues círculos de un verde plateado los cuales se perdían rizándose sobre sí mismos. Rayas azules, una sobre otra, hacían formas desconcertantes pero a veces totalmente simétricas, tornasolados torbellinos que se perdían fulgurantes. V aquí y allá veíase brillar como racimos fantásticos luces fantásticas como racimos de rubís incorpóreos pero visibles. Luces de brujería, las azucenas brillantes del largo y ancho mar de los fantasmas.

Donde la ribera se unía como la punta de una flecha, brotaba un gran salto de agua que caía en un barranco con misterioso crujido, mientras formaba un halo como mil gasas de vestido de novia. Inmensas vaharadas de vapor ascendían mezclándose con la rugiente agua, bailando, y en las riberas del mar subían velos de niebla desgajada y silenciosa tocando también la tierra y tornándose de un color esmeraldino.

Así vi el mar de los fantasmas por primera vez en la noche del .país de las sombras. Pero también durante el día no perdía nada de rutilante belleza. Como un haz de Hechas iba derechamente la calle hacia el mar. En su final veíase una parcela de verde césped que como yo sospechaba en antiguos tiempos debería ser una pequeña isla. Estaba situada en una distancia de casi un tercio de la extensión del lago.

De entre los árboles surgían las tórrelas de un pequeño castillo.

Dirigimos nuestros caballos hasta allá donde la tierra se unía en un vértice, v cuando nos acercamos y vimos que se trataba de una estrecha lengua de piedra artificial y de tierra finalizando abruptamente.

El muelle de la isla distaría unos doce metros. Entonces Lur sacó una trompa de caza y sopló largamente en ella cayendo hacia nosotros un puente elevadizo. Cabalgamos sobre él con la guarnición de sus guerreras, para ascender por una serpenteante senda oyéndose el crujido que daba el puente al levantarse otra vez. Nos detuvimos delante del castillo de la Bruja. Yo le contemplé interesado no porque me pareciera un castillo sino porque jamás había visto ese tipo de piedra verde y además con tantas torrecillas y almenas. En el fondo me parecía familiar. Nosotros lo llamábamos Herrinnengurg. y era un dulce hogar para las damas de alta sociedad donde ellas descansaban y también se entregaban a sus pasiones cuando la guerra terminaba o se hartaban de los problemas de estado.

Unas mujeres vinieron a nuestro encuentro y nos cogieron los caballos. Una hoja de fina madera nos dio paso al castillo y Lur atravesó el umbral acercándose a una gran mesa que estaba en el centro de la estancia. Unas chicas jóvenes y hermosas nos sirvieron vino rápidamente.

El agradable sentimiento de verme libre de toda preocupación fue en aumento. Me parecía que me había despertado de un largo sueño, muy largo, y todavía no me había recuperado totalmente para poder analizarlo con claridad. Pero estaba seguro que no todo había sido un ensueño.

El Viejo Sacerdote del desierto de aquellos antiguos tiempos ¿n el fértil país de los Ayjir. él, seguramente que no era un sueño. Pero con la gente con los que he despertado no eran Ayjir. Pero aunque estas gentes no eran del país de ¡os Ayjir, sin embargo sí pertenecían a la raza antigua. La pregunta me desconcertaba, entonces. —¿Cómo he llegado hasta aquí? Yo tenía que haberme dormido alguna vez más en el templo. ¡Tenía que orientarme!, ¡debería de andar con cuidado!

Luego sentí una ola de salvaje temeridad donde cualquier pensamiento me arrastraba como el agua, y una alegría rebosaba en mi alma con un grandioso sentido de libertad como

sólo lo podía sentir aquél que atado por cadenas, las viera romperse, y mientras veía cómo el tablero de la vida se tornara con las cosas más deliciosas, y que ahora pudiera sacar a su capricho las cosas más deliciosas de la vida.

Sin embargo justamente después, me percataba de que yo era Leif Langdon y que sabía exactamente cómo había llegado hasta aquí, y que tenía que lograr de cualquier manera el volver donde estaban Evalie y Jim.

Pero estos pensamientos eran tan rápidos como un relámpago, y nos los podía retener.

Sin embargo era consciente de que me encontraba en la sala del castillo con ventanas y paredes decoradas. A un lado se veía una cama ancha y baja, y oro y cristal brillaban sobre una mesa, junto a candelabros de plata encendidos.

Mi jubón había desaparecido, y en su lugar llevaba ahora una bata de seda. Las ventanas estaban abiertas y un aire fresco penetraba por la habitación. Desde allí podía divisar las almenas, y parte del techado que cubría el castillo, y enfrente mismo podía dominar la vista completa del mar de los fantasmas.

Me asomé a otra ventana. El gran salto de agua con sus fantasmagóricos vapores susurraba a unos quinientos kilómetros de distancia.

En ese momento sentí cómo una mano rozaba mi cabeza y se deslizaba por mis hombros obligándome a dar la vuelta rápidamente.

La bruja estaba a mi lado.

Desde la primera vez que la vi, fui consciente de su belleza, que aprecié muy sinceramente, pero ahora me sorprendió extraordinariamente.

El cabello, tan rojo de Lur, llevábalo trenzado en forma de corona y brillaba como si de oro se tratara, portando injertadas varias piedras de zafiro que centelleaban deslumbrantes, aunque sus ojos sobrepasaban en intensidad el brillo de las mismas piedras.

Sus escasas ropas resaltaban aún más las curvas de su perfecto cuerpo dejando al descubierto sus hombros perfectos y uno de sus senos tan perfecto como excitante. Los rojos labios prometían, y hasta un levísimo rasgo de crueldad resultaba aún más atractivo.

De pronto un pensamiento atravesó mi mente confusamente. ¿Acaso una vez existió una chica morena llamada Ev..E-vall..? ¿Quién era? El nombre se me había perdido pero sentí que no tenía importancia. De todas maneras aquella chica morena era como un fantasma sin sangre en las venas, parecida a Lur, igual como los vapores del gran salto de agua que podía divisar desde la ventana.

Lur leía mis pensamientos en mis ojos y dejó deslizar su mano desde mis hombros hasta posarse sobre mi corazón. Ella se inclinó hacia mí hasta rozarme con su cuerpo. Sus ojos parecían un sueño insistente. Preguntó.

—¿Es cierto que sois Dwayanu?

—Ese soy yo y ninguna otra persona más.

—¿Quién era Dwayanu antes de mucho, mucho tiempo?.

—Yo no te lo puede decir, Lur —el tú, surgía sólo—. Yo he dormido un tiempo increíblemente largo y en el sueño he olvidado mucho, mucho, pero yo soy Dwayanu.

—¡Entonces, mira y recuerda!.

Su mano me rozó las sienes poniendo freno en mi cabeza. Con la otra me señaló hacia el salto de agua. Lentamente fui notando cómo el susurro que emitía se iba tornando en rubio de tromba, o golpear de cascos o el paso de hombres marchando, y estos ruidos iban aumentando paulatinamente. El salto de agua se ensancha increíblemente sobre la pared de negras rocas como inmensa cortina, y desde todas partes acudían rápidamente más fantasmales vapores para fundirse en él.

Y de repente iba desapareciendo el gran salto de agua, surgiendo en su lugar una enorme ciudad fortificada donde dos ejércitos luchaban encarnizadamente. Se veía a los asaltantes de la ciudad retenidos y contenidos por los defensores y se escuchaba el estruendo que producían los cascos de los caballos llevados al ataque y asalto de la ciudad. El jefe de los atacantes llevaba un brillante armamento, pero su cabeza iba descubierta y e! pelo largo y rubio flotaba por los aires como una bandera. De pronto volvió el rostro y noté cómo me saltaba el corazón. ¡Era el mío! Y un grito atronó el espacio. ¡Dwayanu!... Y los montados arrollaron con incontenible empuje a los sitiados rompiendo de golpe toda su resistencia, y obligándoles a huir arrojando en su camino escudos y martillos completamente desorientados.

Yo cabalgué con el jefe rubio por la ciudad conquistada me sentaba en el trono a su lado, mientras él ordenaba con inusitada crueldad, sin misericordia, la muerte de hombres y mujeres quienes se humillaban delante de él. pidiendo misericordia. Pero él sonreía de los gritos y llantos y de las violencias de los vencedores.

Yo cabalgaba y me sentaba con él. digo yo. porque ahora no sentía que estuviera en el cuarto con Lur. sino que acompañaba al guerrero rubio, que se había transformado en mi gemelo. Y o vi. lo que él veía, y oí lo que él escuchaba, pensando lo que pensaba. Luché a su lado, disfrutando de las grandes fiestas y cacerías donde llevábamos grandes perros y halcones por el país maravilloso, de los Ayjir.

Todo eso conocí con él. como una sombra visible al lado de Dwayanu. Y le acompañé en e! Templo cuando servía a sus dioses. Yo entré con él (como persona), al Templo de Khalk’rus. el más grande de todos los dioses, y él llevaba el anillo que yo tenía en mi pecho. Pero cuando él entraba yo me quedaba detrás. La misma resistencia interna que me ha detenido ante la entrada del Templo del Oasis, me negaba ahora también la entrada, y yo escuchaba a dos voces simultáneamente. Una me impulsaba a seguir a Dwayanu. La otra me susurraba que no debía hacerlo.

Y después abruptamente, ya no existía el país de los Ayjir. Vi el salto de agua delante de mí. y danzar sus altos vapores. ¡Pero yo....era Dwayanu! Era absolutamente cierto de que yo era Dwayanu!...¡Leif Langdon había terminado de existir!...

Pero él me ha dejado recuerdos, los que parecían sueños casi olvidados y cuyo origen no me podía imaginar; pero de todas formas sabía con seguridad que si los consideraba como sueños, debían de ser sueños realmente. Ellos me descubrieron que el país de los Ayjir sobre el que yo había reinado, igualmente había desaparecido, como el país de Phontomayir, el del salto de agua. Entre tanto había transcurrido siglos, y siglos, y otros imperios habían subido o se descomponían como el polvo; y este país era un país extranjero, con sólo un soplo mortecino de la antigua grandeza.

4º LOS BESOS DE LUR

Negros pensamientos y una gran tristeza hundían mi corazón. Desde sus piernas largas y cálidas, hasta su pelo brillante como la seda recorría mi mirada haciendo perder mis negras preocupaciones y huir mi tristeza. Yo puse sobre sus hombros mis manos y reí. Mi Imperio

había desaparecido. ¿Y qué? Pues construiría uno nuevo. ¡Valía la pena lo que yo vivía! Otra vez me reí.

Puse mi mano bajo la barbilla de Lur, y subiendo su rostro hacia mí, apreté mis labios contra los de ella. Ella me rechazó. Sus ojos brillaban con furia pero en ellos leí dudas.

—Tú querías que recordara, pues yo he recordado. ¿Por qué has abierto las puertas del pasado, Bruja, si tú no estas dispuesta a reconocer que lo has llamado? ¿O sabías menos de Dwayanu de lo que simulabas?

Lur dio un paso hacia atrás bufando furiosa.

—¡Yo, regalo mis besos, y nadie me los roba! —gritó.

Con un gesto me apoderé de ella y la apreté fuertemente entre mis brazos poniendo mi boca sobre la suya, para después dejarla libre. Rápidamente golpeé con el canto de mi mano sobre su muñeca derecha arrebatándole el puñal que esgrimía. Reí irónicamente y me pregunté dónde lo había tenido escondido.

Lur retrocedió entornando los ojos. Ella me ha considerado como otra persona, ella presumía de lista y yo sería un ladrón o un tonto. Ella había pretendido chasquearme, enrollarme en su dedo meñique, seducirme. ¡A mí!; ¡A Dwayanu, que de mujeres entendía tanto como de la guerra!....Pero....Ella era bella, muy bella..Y era todo lo que yo tenía en este país extranjero para formar un nuevo dominio.

Yo la examiné, evaluándola mientras ella me miraba fijamente. Hablé, y mis palabras eran tan frías como mis pensamientos.

—¡No juegues más con puñales conmigo!— llama a tus criadas. Tengo hambre y sed. Luego que haya comido y bebido vamos a charlar. Ella esperó un poco y al cabo dio unas palmaditas con sus manos. Varias mujeres trajeron humeantes platos, jarras llenas de vino y bandejas repletas de fruta. Comí como un lobo, y bebí con grandes y prolongados sorbos. Comí y bebí sin acordarme apenas de Lur. Pero había mucho en su arte de magia, que me enseñaba. Comí y bebí en silencio y sentí sus ojos puestos en mí. Y la miré de frente y sonreí.

—Pensabas que podías hacerme tu esclavo Lur, ¡No presumas de lista nunca más!

Ella sostenía su cabeza entre sus manos mirándome por encima de la mesa.

—Dwayanu, murió hace mucho tiempo. ¿Puede la hoja florecer de nuevo, cuando ya está marchita? —preguntó—.

—Yo soy, El; Lur-ella no respondió, y la volví a hablar.

—¿Cuál era tu intención al traerme aquí, Lur?

—Estoy cansada de las risas y de las tonterías del Tibur.

—¿Qué más?

—También empiezo a estar harta de Yodín, y tú y yo, sólo nosotros, podríamos dominar sobre Karak si...

—Depende de éste sí, Bruja. ¿Que es lo que significa?

Ella se levantó, inclinándose. —¿Tú podrías conjurar a Khalk’rus?

—¿Y si no puedo Lur?

Ella encogió los blancos hombros y dejose caer en la silla. Yo reí y contesté.

—¿Si yo no pudiera, ya no estarías cansada de Tibur y de Yodín?

Ahora escúchame bien Lur. Yo leo tus pensamientos también. Tú lo que deseas es deshacerte de Tibur. Bien quizás le pueda matar. También quieres dejar a Yodín fuera de tu camino. Da igual quién yo pueda ser, si lo consigo. Con Tibur y Yodín muertos, sólo quedaremos tú y yo, y tú has pensado que conmigo puedes hacer lo que desees. No Lur, eso no lo podrás lograr.

—Es cierto...

Ella parpadeó, y sus ojos brillaron, cubriéndose de un intenso rubor su pecho, y las mejillas.

—Pero pudiera haber otra razón, porque yo te...

No la pregunté cuál pudiera ser la otra razón. Muchas mujeres ya habían intentado seducirme de esta manera. Cerré los párpados. Durante un momento vi la mayor crueldad en sus rasgos.

—¿Qué has prometido a Yodín, Bruja?

Se levantó extendiéndome sus brazos. La voz le temblaba. —¿No te he ofrecido poder? ¿Un poder para compartirlo los dos? ¿No te parezco bella? ¿No soy deseable acaso?

—Muy guapa y muy deseable, Lur, pero yo siempre me he cuidado de las trampas antes de conquistar una ciudad.

Sus ojos azules centellearon y rápidamente se dirigió hacia la puerta pero yo la detuve, cogiéndole la mano que ella levantó para pegarme.

—¿Qué has prometido al Sumo Sacerdote, Lur? —puse la punta de mi puñal sobre su garganta. Sus ojos centellearon aún más furiosos. Vi que ella no tenía el menor miedo.

—¡Luka, da la vuelta a tu rueda, que yo no tengo que matar a esta mujer!

Sus músculos se relajaron. Rió quedamente.

—Saca tu puñal de mi cuello, que voy a decírtelo.

La dejé libre volviendo hacia mi sillón donde tomé asiento. Ella me contempló por encima de la mesa con una mirada investigadora.

—¡Tú, me hubieras matado!

—Sí —le aseguré.

—Y yo te creo, quien quiera que seas rubio; aquí no hay nadie como tú.

—¿Quién yo sea, Bruja?

Ella recogió los hombros con impaciencia.

—¡No es necesario seguir engañándonos! —su voz sonaba furiosa—. ¡Ya está bien de mentiras! Es mejor para los dos que termines con eso. ¡Quién seas, porque Dwayanu no eres!., y digo de nuevo una hoja marchita no puede florecer, y que los muertos no vuelven...

—Si yo no soy él, entonces de dónde llegan los recuerdos que hace un momento has visto conmigo. ¿Han sido ellos trasladados de mi, hacia ti, o viceversa?

Ella denegaba con la cabeza y nuevamente vi dudas en sus ojos. Me dijo: —Yo no vi nada. Quería que tu vieras algo: pero te escapaste, y cualquier cosa que hayas visto yo no tenía parte en ella. No pude someterte a mi voluntad. No vi absolutamente nada.

—Pues yo vi la antigua tierra, Lur.

Ella me replicó con mal humor.

—No conseguiste llegar más allá de la puerta.

—¿Por qué me has mandado al país de los Ayjir? ¿Qué hubiera debido de encontrar por Yodín, Bruja?

—Khalk’rus —me contestó ella tranquilamente.

—¿Y por qué?

—Porque entonces hubiera sabido con seguridad si tu puedes llamarle como le prometí descubrir a Yodín.

—¿Y si efectivamente le pudiera llamar?

Entonces te hubieran matado antes de que tuvieras la posibilidad de hacerlo.

—¿Y si no hubiera tenido la posibilidad de hacerlo?

—Entonces hubieras sido ofrecido en el sacrificio a Khalk’rus.

—¡Ah, maldita! —juré— La bienvenida que se prepara para Dwayanu no es como en los tiempos antiguos cuando visitaba una ciudad, o si lo prefieres con otras palabras la hospitalidad que ofrecéis a un extranjero es muy desalentadora, y ahora ya estoy seguro de los asesinatos cometidos por Tibur y el Sumo Sacerdote, pero ¿por qué no podría empezar yo contigo?

Lur, se reclinó en su asiento sonriendo. Luego dijo:

—Primero, porque con eso no conseguirías nada, rubio.

Me hizo seña para que me aproximara a una ventana, desde donde podía verse la lengua de tierra artificial, y la colina sin árboles, pudiendo observar en su cima una compañía de guerreras completa. No había duda de que Lur tenía razón. No podría atravesar vivo semejante guardia. Empecé a sentir la furia de siempre. Ella me observaba con cierto sarcasmo.

—Y segundo... —murmuraba-escúchame, rubio, yo vertí más vino en mi copa y la saludé con un gesto. —Ella habló—. —En este país se lleva una vida agradable, por lo menos para los que gobernamos, y no tengo ningunas ganas de cambiar ese aspecto, excepto en los casos de Tibur y Yodín. y hay algo más, pero de eso podemos hablar más adelante. Yo sé que el mundo ha cambiado desde hace muchísimo tiempo, y ya huían del país de los Ayjir. Yo sé que existe vida fuera de nuestro protegido hogar, y ninguno de nosotros desea abandonar nuestro agradable hogar, ni queremos que extranjeros penetren aquí ni que nuestro pueblo lo permita. Porque sin duda escaparían rápidamente. Aquí les enseñamos que en todo el mundo no existe otra vida. ¿Tú me entiendes, no rubio? —yo incliné la cabeza—. La profecía de Dwayanu ya es muy antigua, él era el más grande de los reyes de Ayjir. El vivió hace cien, o más años antes de que los Ayjir se cansaran de Khalk’rus y se opusieron a los sacrificios, y como castigo dejaron convertir este fértil país en un desierto. Cuando las agitaciones crecieron y se desarrolló una gran guerra había nacido la profecía. Y era que Dwayanu volvería para dirigir a los Ayjir a su nueva grandeza y a su gloria antigua. Esto no es nada extraño, rubio, porque otros pueblos tenían su Dwayanu o Redentor. Eso leí en las escrituras que tenían consigo nuestros antepasados. Yo no quiero creer en milagros. El nuevo Dwayanu puede venir pero los muertos no se levantarán de las tumbas otra vez, pero la gente aquí conocen la profecía y van a creerse todo.

Y ahora rubio hablemos de ti. Cuando te vi por primera vez, y te oí llamar, diciendo que eras Dwayanu me hice aconsejar por Yodín y Tibur. Yo entonces creí que tú hubieras venido de Sirk, pero pronto sabría que eso no podía ser, porque había otra persona contigo.

—¿Un otro? — la pregunté verdaderamente sorprendido.

—¿Tú no te acuerdas de él?

—Yo recuerdo que llevabas un halcón en tu brazo y estabas rodeado por varias mujeres. Te vi desde el río. Lur me sacudió levemente por los brazos inquiriéndome: —¿Pero tú no te acuerdas de la gente pequeña? ¿Y de la chica morena? ¿Evalie, se llama?

—¿Gente pequeña? ¿Una chica morena? ¿Evalie? —Sí, poco a poco, recordé.

Quizás ellos pertenecían a aquellos sueños que yo había olvidado.

—Me parece que me acuerdo muy poco de ellos, Lur, pero es demasiado diferente todo como para hacerme una situación clara.

La, bruja me miró. Sus ojos brillaban.

—No intentes pensar en ellos. Tú aún estás muy débil, luego volveremos a hablar. Pero piensa que ellos son nuestros enemigos, pero en este momento carece de importancia, pero escucha una cosa. Si tú fueras Sirk, y te llamaras Dwayanu vendrían todos nuestros descontentos apresuradamente para ponerse bajo tu bandera, porque tú serías el jefe que ellos necesitan. Y si tú vinieras de fuera serías un peligro para nosotros porque probarías que somos unos mentirosos. No sólo e! pueblo te aclamaría, sino que también lo harían nuestros guerreros. Sí; yo creo que ellos lo harían. Y entonces ¿tenemos otro camino que no sea matarte?

—No —repuse—. Y sólo me pregunto por qué no lo habéis hecho ya cuando habéis tenido la oportunidad.

—Porque tú has complicado las cosas para nosotros desde que enseñaste el anillo, y muchos lo han visto, y oído que tú te llamabas Dwayanu..

—¡Ah, sí, ahora recuerdo... yo he salido del río! pero, ¿cómo he llegado a él?

En el puente del Nansur... algo ha pasado allí...Todo era tan extraño... Y de casi nada me podía acordar... Sí la gente pequeña... Ellos tenían miedo de mí... pero en vano me preocupaba de traer un poco de luz a este misterio. La voz de Lur me sacaba otra vez de mis pensamientos.

—Y así, yo dije a Yodín que no era conveniente el matarte, porque al enterarse el pueblo hubieran habido agitaciones; y entre las guerreras habría surgido el problema de que Dwayanu había venido y de que nosotras le habíamos matado. Por eso le dije a Yodín: —Yo me ocuparé de él porque no confío en Tibur; porque en su estupidez podría provocar nuestro hundimiento. Hay una manera de deshacernos de ti, sin peligro, y es que Khalk’rus te tragara y de esa forma castigarte por mentiroso y fanfarrón.

—¡Ah! ¿Entonces el Sumo Sacerdote tampoco cree que yo no soy Dwayanu?

—Todavía menos que yo, rubio —rió Lur— Y Tibur menos aún. Pero el quién eres, de dónde vienes, y el cómo y por qué, eso para ellos no es más que un acertijo y también para mí. Tú tienes el aspecto de un Ayjir, pero eso no significa nada. Tú llevas el antiguo Signo en la superficie de tu mano, y has confesado que eres de sangre antigua...¡Pero Tibur lo tiene también, y no sueña ser un Redentor! Tú posees el anillo. ¿Dónde lo has logrado rubio? Porque sabes utilizarlo muy poco. Eso ha distinguido Yodín cuando te dejaba responder en el sueño. Y Yodín dijo que tu cara perdió el color y hubieras preferido irte corriendo cuando tu

mirada veía a Khalk'rus en el cuarto. No intentes negarlo, rubio. Yo también lo notaba. ¡Oh, no! Yodín no te considera un rival, pero él no se siente muy seguro porque una sombra de duda le tortura. Sólo por eso estás aquí.

Yo miraba a Lur con admiración, y alcé mi vaso para beber a su salud. Lur dio unas palmaditas y las criadas entraron en el cuarto.

—¡Limpiad la mesa y traer más vino! —ordenó—. Las chicas obedecieron y entonces cogí una jarra llevándomela a los labios retirándola medio vacía. La dije: —Yo puedo llamar al exterminados Bruja.

Ella contuvo la respiración y un temblor sacudió su cuerpo perfecto. El fuego azul de sus ojos brillaba claro, radiante.

—Debo probártelo —dije—. Y entonces saqué el anillo de mi colgante poniéndomelo en el dedo alzando las manos en alto para el ritual.

Un soplo de aire frío como el hielo pareció atravesar la habitación.

La Bruja corrió hacia mí intentando bajarme las manos. Sus labios estaban blancos y gritó.

—¡No, no!, Yo te creo Dwayanu.

Yo lancé una carcajada, mientras el frío se retiraba —¿Y ahora, Bruja, qué le vas a contar al Sumo Sacerdote?

Lentamente fue tornando el color a su rostro, y asiendo una jarra de vino bebió despacio. Su mano no temblaba. ¡Era una mujer admirable ésta Lur!

Ella murmuró. —Voy a decirle a Yodín que tú no tienes poder alguno... Yo gruñí agresivo

—Y yo voy a llamar al exterminador y voy a matar a Tibur, y a Yodín. ¿Qué más?

Ella se me acercó arrebujándose contra mi pecho y dijo: —Destruye Sirk, desaloja a los enanos, y después tú y yo reinaremos solos.

Cogí la jarra y bebí nuevamente, exclamando:

—Voy a llamar a Khalk'rus y voy a matar a Tibur y al Sumo Sacerdote, y luego conquistaré Sirk y lo destruiré.

Ella me miraba a los ojos muy profundamente. Sus brazos se enroscaron por mi cuello. Con una mano apagó las velas. La verde oscuridad del mundo de las sombras penetraba a través de las ventanas. El murmullo de la cascada sonaba como risas suaves.

—Quiero mi recompensa por adelantado —le dije—. Exactamente como hizo Dwayanu hace mucho tiempo. ¿O es que no soy Dwayanu?

—Sí, —murmuraba la Bruja—. Mientras se iba sacando los zafiros de su pelo y la corona de trenzas que cayeron sobre sus hombros, sueltas, destellantes del rojo oro. Sus labios uniéronse a los míos... y nos dejamos caer en el lecho.

En esos momentos un sordo rumor de herraduras golpeando por la lengua de tierra se dejó oír, así como una llamada lejana. Luego una llamada en la puerta.

La Bruja medio despierta se incorporó somnolienta alzando la tienda de su pelo.

—¿Eres tú, Oruard?

—Sí, dueña, traigo un mensaje de Tibur.

Lur se rió suavemente, dejando que la seda de su pelo nos envolviera a los dos. Repuso:

—Dile a Tibur que estoy ocupada con los Dioses, y tú puedes quedarte hasta mañana...

Lur, dejose caer nuevamente a mi lado poniendo sus labios sobre los míos ¡Oh! era como antes. Habían enemigos para matar, una guerra contra otros pueblos, y lo? tiernos brazos de una mujer bella alrededor de mí. ¡No podía ser más feliz!

LIBRO II DWAYANU
5° EXAMINACIÓN A TRAVÉS DE KHAL'RUS

Ya por dos veces había llenado la noche el verdoso valle, mientras que Lur y sus chicas celebraban una gran fiesta. Hicimos un torneo rivalizando con puñales, martillos, y luchas. ¡Eran grandes guerreras esas mujeres! Fuerte acero bajo esa piel de seda.

En sus miradas, y en el dulce susurrar entre ellas yo entendía, que cuando Lur tuviera que cabalgar hacia Karak, yo no estaría solo. Pero Lur no se alejaba de mi lado, y tampoco venían más mensajeros. Ella había enviado el recado secreto al Sumo Sacerdote diciéndole que él había tenido razón, y que yo no poseía ningún poder, siendo en cambio algún loco o un ladrón. Por lo menos eso es lo que Lur me había dicho. Yo no sabía si me mentía o no, aunque tampoco me interesaba demasiado. ¡Estaba demasiado ocupado en vivir!

Pero Lur, ya no me llamaba, rubio, ya sólo era Dwayanu para ella. Y además utilizaba toda clase de artes en el amor, y desde luego no era ninguna principiante.

En la mañana del tercer día, ocurrió. Yo me acerqué a la ventana para observar fascinado cómo las alhajas de vapor, los esclavos del salto de agua ascendían lentamente por el éter. Pensé que Lur todavía dormía. Entonces sentí cómo se daba la vuelta en la cama y se sentaba para mirarme a través de su pelo rojo. En ese momento parecía en verdad una bruja. Me dijo —Un mensajero vino ayer de parte de Yodín. Tú vas a rezar hoy a Khalk'rus.

Me sentí como electrizado y la sangre se me subió a la cabeza. Siempre me sobrevenía este sentimiento cuando tenía que llamar al exterminador. Era un sentimiento de poder increíble, y de orgullo, pero al mismo tiempo una furia inmensa.

Ella me contemplaba. —¿Tienes miedo a Dwayanu?

Me senté a su lado apartándole el cabello de su rostro respondiéndole.

—¿Por eso me quisiste más ardiente anoche? ¿Estabas por esta causa tan tierna Lur? ¡La ternura te va bien Brujita! Pero me sorprende en ti. ¿Tenías acaso miedo? ¡Tú me mimas, Lur!

Su ojos brillaban y sus mejillas se coloreaban por causa de mis risas.

—¿Tú no crees en mi amor, Dwayanu?

—No tanto como quieres el poder, Bruja.

Ella me observó entornando los grandes párpados. —Se habla mucho de ti en Karak —me dijo—. Y la excitación de las masas se hace peligrosa. Yodín se arrepiente de no haberte matado enseguida cuando tuvo la oportunidad, aunque quizás hubiera hecho peor la situación. Tibur está furioso por no haberte matado cuando tú saliste del río y quiere que esta situación se termine antes de que pase más tiempo.

Yodín ha explicado en público que tú eres un profeta falso. El pueblo está irritado, y hay muchos nobles que insisten en que nosotros por fin te presentemos. Y las guerreras te seguirán cuando estén convencidas de que tú eres Dwayanu, por eso tienes que presentarte ante Khalk'rus..

—Sí, todo eso es cierto, pero me parece que no necesito llamar al exterminador para atraer el poder conmigo —ella sonrió-Eso, seguramente no será por tu vieja inteligencia. Tú estás muy vigilado y serías nuestro antes de que tuvieras la oportunidad de tener mucha gente a tu alrededor. Y además ¿Dónde están las promesas que me has hecho?

Yo la abracé, y apretándola en contra de mí la besé dulcemente. x

—Pues creo, que yo también tendría algo que decir si quisieran matarme. Sólo he hecho una broma, Lur, y cumplo mis promesas...

El estruendo de clarines y tambores ascendió en el espacio, unido a los cascos de caballos. Yo me acerqué a la ventana, y Lur saltando de la cama se puso a mi lado. Un grupo de cien, o más jinetes venía por la lengua de tierra y veíanse ondear banderas con los símbolos de Khalk'rus, en las puntas de las lanzas. Pasaban por el puente levadizo y al frente de la tropa reconocí a Tibur quien se cubría con un manto amarillo y lucía en su pecho el Krake negro.

—Ellos vienen para llevarte hacia el templo, y yo tengo que dejarles contigo.

—¿Y por qué no? —le dije indiferente— Pero yo no voy al templo antes de haber desayunado. —Miré otra vez hacia Tibur y le dije a Lur:

—Si he de cabalgar al lado de ese herrero preferiría que te preocuparas en traerme una armadura.

—Tú cabalgarás a mi lado, pero si quieres armas elige las que prefieras.

Pero durante el camino hacia el templo no tienes nada que temer.

Pronto cabalgaban frente a la puerta del castillo y entonces la sirvienta de Lur entraba y un rato después ambas abandonaban la estancia.

Yo me vestí sin prisa. Camino de la sala grande pasé por el cuarto de las armas donde había visto un puñal que me gustaba. El tenía precisamente el peso adecuado para mi mano, y era largo y curvo, de un metal inmejorable. Lo dejé para mi mano izquierda para buscar otro adecuado para la diestra. Entonces me acordé de que alguien me había avisado sobre la mano izquierda de Tibur. ¡Oh, sí, la guerrera en la plaza delante de la ciudadela! Me reí. ¡Debe tener él cuidado de mí! Cogí un martillo, no tan pesado como el que llevaba el Herrero, y del que estaba tan orgulloso, porque los más ligeros son los mejores para tirar. Después bajé para encontrarme con Tibur.

Casi una docena de nobles estaban en la sala, y Tibur se hallaba con ellos y me di cuenta que ella había puesto a sus guerreras en los sitios más favorables y todas iban bien armadas como signo de aseveración de que yo no tenía nada que temer.

Tanto Tibur como los otros hombres me saludaron correctamente con la excepción de uno. Este se encontraba al lado del Herrero y resultaba casi tan grande como yo, pero tenía los ojos azules tan fríos y esa mirada especial que descubre al asesino de nacimiento. Una cicatriz pasaba desde su sien izquierda hasta la barbilla, y su nariz se le veía deformada por una antigua rotura. Hacía gala de una arrogancia que me excitaba. Pero no tenía ningún sentido en este momento de tener problemas. Yo deseaba que el Herrero no suspendiera nada.

Tibur inclinándose hacia el de la cara con la cicatriz se rió en voz alta

—Ya te he dicho Rasda, que él es más grande que tú, y entonces el caballo gris es mío.

El hombre me examinaba con sus raros ojos azules.

—El caballo es tuyo —dijo.

Tibur se puso a mi lado contestando, explicándome a mí

—Rasda es el más fuerte de todo Karak. Me apena que Vos le iba a encontrar tan rápido como al más grande de todos los dioses. Una lucha entre Vos y Rasda sería muy interesante...

Por un momento casi me dejé llevar por la furia y mi mano se iba hacia el puñal pero me contuve en el último instante. Contesté:

—Sí, qué pena, pero quizás lo dejaremos aplazar para...

Lur frunció las cejas y me miró, pero los ojos de Tibur brillaban de maldad.

Emprendimos el camino cabalgando delante de nosotros una docena de hombres que rodeaban a Tibur, y a nosotros nos seguían jinetes con las banderas amarillas y tras ellos un grupo de los guardias de Lur.

Mis facciones manifestaban algo de preocupación. De vez en cuando las gentes del Herrero, y él mismo se daban la vuelta en las monturas y estallaban en sonoras carcajadas. La Bruja iba tan callada como yo. La Ciudadela Negra se alzó delante de nosotros y penetramos en la ciudad sonando la risa del Herrero cada vez con más escarnio.

En las calles se arremolinaba la gente, pero mi aspecto no era precisamente el de un ganador. Lur, mordiéndose el labio inferior se acercó a mí para preguntarme con las cejas fruncidas.

—¿Me has mentido, rubio? ¡Tú tienes el aspecto de un perro paleado! Yo me daba la vuelta para que no pudiera ver mi cara, pero ¡Oh Luka, no me era fácil el retener la risa!

La masa de gente murmuraba. Ningún júbilo, ninguna salutación. Por todas partes había guerreros armados con puñales, martillos y lanzas. El Sumo Sacerdote no corría ningún riesgo. ¡Pero yo tampoco! Yo no tenía ninguna intención de que me pagaran a cuchillo, ni dar a Tibur la menor razón para matarme. Lur había creído que el peligro para mí, no sería el camino hacia el Templo, sino sólo allí en el Santuario del Kraken. Porque no era ante ellos, ningún héroe o conquistador. Ningún Redentor o héroe del pasado, quién en este día cabalgaba a través del Karak. Porque parecía un hombre que no estaba seguro de sí mismo. La gente, quienes habían esperado a Dwayanu así lo sentían y murmuraban. Eso naturalmente encantaba al Herrero. Cada vez más se acentuaba el desprecio en los rasgos de la Bruja, así como la furia en sus ojos.

Cabalgamos alrededor de la Ciudadela y cogimos por una ancha calle que nos llevaba a una entrada de la peña. ¡Cuántas veces he pasado por una puerta como ésta! No sin cierta repugnancia me dejé conducir por Tibur y por Lur hasta una habitación de piedra de pequeñas dimensiones. Ellos me dejaron, sin decir una sola palabra. Yo miré a mi alrededor. Allí estaban las arcas con la ropa de sacrificios, las palanganas, las vasijas para la unción del exorcismo para Khalk’rus, se encontraban allí. La puerta se abrió y me encontré frente a frente con Yodín que hacía resplandecer sus ojos de triunfo y de odio, comprendiendo que el Herrero y Lur, le habían explicado ya mi aspecto desmoralizado que yo había tenido durante todo el camino. Doce sacerdotes en ropas de sacrificio le siguieron en el cuarto. El sacerdote llevaba la bata amarilla.

—El, que es más grande que los dioses espera tu oración, Dwayanu —me dijo Yodín—. Pero primero has de someterte a la limpieza sagrada. Yo incliné la cabeza asintiendo y ellos empezaron a ocuparse de los ritos necesarios. Yo los soportaba con paciencia como uno que no esta acostumbrado a ello. Por fin el rito había terminado. Yodín había sacado una bata parecida a la suya y me la puso. Yo esperaba.

—Vuestro anillo —me recordó sarcásticamente—. ¿Habéis olvidado el anillo?

Yo tocaba con dedos firmes en la cadena de mi cuello, deslizándola hasta que cogí la cajita de plata, de donde saqué el anillo poniéndolo en mi dedo. Los sacerdotes salieron del cuarto con sus tambores siguiendo yo con el Sumo Sacerdote a mi lado. En eso oí el ruido del martillo y. del yunque y sabía que era la voz de Tubalka, del dios más antiguo, que ha enseñado a la gente a conocer el casco, el fuego y el metal. ¡Era el reconocimiento de Tubalka, su saludo y su veneración para Khalk'rus!

El Éxtasis Antiguo, el Éxtasis del poder oscuro bullía en mí. ¡Qué difícil era no denunciarles! Nosotros atravesamos el pasillo para entrar en el templo. Muchos rostros se fijaron en mí desde el anfiteatro, y entre ellas los clanes de guerreras qué lucharon conmigo grandes y sangrientas luchas. ¡Oh, dioses qué pocos hombres existían aquí! Me contemplaban cientos de rostros con ojos azules y fríos de guerreras como lo eran todas ellas... ¡Bien!, entonces no trataría con ellas como mujeres sino como luchadoras. Ahora me percataba de que a ambos lados de los anfiteatros habían subido los tiradores con arcos y flechas puesta la atención en mí. ¿Era eso una orden de Tibur? ¿O del Sacerdote? Era como una preocupación por el caso de que yo quisiera huir. No me gustaba nada, pero no podía hacer nada por evitarlo. ¡Luka, diosa cariñosa, da la vuelta a tu rueda y que ninguna pueda volar antes de que yo empiece el rito!

Me di la vuelta para mirar a la pared mística, la que era la puerta del Nada de Khalk'rus. La pared se encontraba a unos cien pasos de mí, tan ancha y profunda era la plataforma en que me hallaba. Aquí la plataforma tenía el aspecto de un embudo y la pared mística tenía forma de rodaja con un diámetro veinte veces más grande que un hombre, y por esta pared venía Khalk'rus, no en triángulo como en los templos del país nativo.

Ahora vi entre la pared y yo un semicírculo de chicas muy jóvenes, pues apenas habían salido de la pubertad pero ya regaladas con la fruta de la vida. Yo conté doce, cada una estaba en la artesa plana y todas con el anillo de oro del sacrificio. Sobre los blancos hombros y jóvenes pechos caían los cabellos rojos, y a través de los mechones de seda ellas ponían sus ojos en mí, donde había cierto temor. Ellas estaban en pie con una postura de elegancia no exenta de orgullo. ¡Hei! ¡Valiente clan estas mujeres de Karak! La antigua y ancestral piedad tenía emoción en mi interior y un poco de rebelión como en los antiguos tiempos. En el centro del corro de las jóvenes se colocaba el anillo gigantesco cogido con cadenas desde el techo, el número trece, y completamente de oro. El estaba hueco, y la pesada cerradura abierta... ¡El decimotercer anillo! ¡El cinturón del sacrificio del guerrero!... ¿Abierto para mí?

Yo busqué con la mirada a Yodín, y él estaba en pie al lado de sus sacerdotes los que se sentaban en los tambores. Tibur se encontraba ya al borde de la plataforma al lado del yunque de Tubalka. En su rostro leí la misma alegría del mal agüero como en el rostro de Yodín. A Lur no la pude ver por ningún sitio. El sumo sacerdote habló hacia donde estaban los nobles de Karak. ¡Aquí hay alguien que ha venido hacia nosotros y quien él mismo dice ser Dwayanu! Si él es Dwayanu entonces irá al más grande y poderoso de todos los dioses del mundo, Khalk'rus, para que escuche su oración y acepte los sacrificios que le ofrecemos. Si Khalk'rus, no le escucha está probado que él es un ladrón y un mentiroso. Entonces el probado ladrón y mentiroso debe de colgar del anillo del guerrero para que Khalk'rus le

castigue a su voluntad. ¡Vosotros lo habéis oído! ¿Lo consideráis como justo, o no? ¡Contestad!

Desde las profundidades del templo resonaron las voces unánimemente:

—¡Nosotros lo hemos oído! Sí, es justo...

El Sumo Sacerdote se daba la vuelta hacia mí, como si quisiera decirme algo, pero cambió de intención. Por tres veces alzó su bastón de campana y lo sacudía. Tres veces subió Tibur el martillo y golpeó contra el yunque de Tubalka. Desde la profundidad del templo resonaba el antiguo canto el cual Khalk'rus habría enseñado a nuestros antepasados cuando él nos eligió de entre todos los pueblos de esta tierra. Yo escuchaba como un niño un canto de cuna. Los ojos de Tibur se concentraban en mí. con el martillo preparado como si sospechara que yo iba a huir. Yodín también me miraba con sarcasmo.

El canto había terminado.

Rápidamente alcé las manos en el signo antiguo, y lo hice con el anillo como el ritual mandaba...

Yo pasaba un frío espantoso a través del templo como anunciando la llegada de Khalk'rus. ¡Hei! Las caras de Tibur y de Yodín cuando ellos sintieron este soplo ¡A mí me hubiera gustado ver sus caras! ¡Ahora puedes reír Tibur! ¡Hei! ¡Ahora ya no me pueden detener! Ni el Herrero se atrevía a agitar su martillo hacia mí, o mandar a los tiradores de arco a un ataque. Y tampoco Yodín se atrevía.

Yo olvidaba. Olvidaba a Tibur y a Yodín. Yo olvidaba los sacrificios como siempre en el éxtasis que el ritual llevaba en mí. La piedra tibia y amarilla ha sido como un aire enrarecido que desapareció. Donde se había encontrado brotaban Tentakel, negros, y pareció extenderse hasta las profundidades increíbles...

¡Khalk'rus aparecía!

Con más rapidez y sonoridad sonaban los tambores. Los brazos chupadores salieron afuera. Las chicas no se enteraron pues sus miradas estaban presas en mí, como si yo les pudiera ayudar en su próxima desesperación.

¡Yo!, Yo el que había llamado a su Destructor...

Los brazos chupadores les rozaban y la esperanza desaparecía de sus ojos. Los tentáculos se envolvían en sus hombros, pasando sobre sus pechos y les abrazaron. Los tambores ascendieron en el ritmo hasta la cima de la acción del sacrificio. Las chicas chillaban agudamente sobre el redoble de los tambores. Sus blancos cuerpos se perdieron en vapor gris, y se convirtieron en sombra apenas visible. Ahora habían desaparecido. Los cinturones y anillos cayeron tintineantes en el fondo de la artesa de piedra...

Algo no iba bien. El ritual estaba finalizando y los sacrificios aceptados pero Khalk'rus no se retiraba. Un frío helado me envolvió. Un tentáculo se dirigía hacia mí, lento, muy lento. Yo oí una voz que llevaban palabras muy antiguas que ya había oído. ¿Palabras? No eran palabras. Eran laúdes acariciadores que me llevaron a través del tiempo, antes que un humano hubiera tenido la primera inspiración. ¡Era Yodín! Yodín el que habló en una lengua como podría ser la de Khalk'rus antes de que hubiera existido la vida. A través de ella me seducía Khalk'rus, porque quería mandarme por el mismo camino que habían tomado las sacrificadas. Yo entonces salté hacia Yodín y asiéndole por los dos brazos le puse entre mí y los brazos buscadores, que pronto le envolvieron, y con un sordo chillido el sumo sacerdote había desaparecido.

En eso oí un tintineo sobre la piedra y el anillo de Yodín rodaba por la escalera del sacrificio. De un salto lo cogí.

Tibur rezongó furioso, pero yo le apliqué un golpe que le derribó en el suelo, y con el martillo de Tibur rompí el anillo de Yodín sobre el yunque. Un grito estentóreo resonó por todo el templo.

¡¡¡Dwayanu!!!

6º LOS LOBOS DE LUR

Cabalgaba con la bruja a través del bosque. El halcón blanco iba sobre la muñeca enguantada de Lur y me miraba con ojos rojizos y hostiles. Una veintena de sus guerreras cabalgaban detrás de nosotros. Era una guardia especial para cuidarme las espaldas, no sólo de los enemigos sino también de los amigos. Los obreros me habían hecho una armadura ligera con una fila de cadenas, igual a la de Lur, y la de la pequeña tropa. Ellas también iban armadas como yo, dos puñales, una lanza, y un martillo para arrojar. Nosotros estábamos de reconocimiento en Sirk.

Cinco días hacía que estaba sentado en el trono del sumo sacerdote y reinaba sobre Karak, con Tibur y la Bruja. Lur, había venido a mí arrepentida de su orgullo. El arrogante Tibur y su desvergonzado eslabón habían desaparecido totalmente cuando él se ponía a mis pies, para asegurarme su lealtad. Sus dudas eran comprensibles. Yo acepté sus excusas pero más tarde o más temprano tendría que matar a Tibur y a Rasda.

Ahora me encontraba un poco cansado mientras cabalgo al lado de Lur por el oloroso bosque. Los honores que me habían dispensado en Karak fueron suficientes para aplacar cualquier orgullo herido. Ahora era el honor de las guerreras y cuando pasaba a través de las calles la .gente daba gritos de alegría y muchas madres me ofrecían sus hijos para que los tocara. Pero también había otros que al verme bajaban sus ojos y se volvían de espaldas para disimular su odio.

Dara, la jefa, que un día me había regalado su colgante la había elegido como jefa de mi propia guardia. Ellas me eran fieles, y yo las encontraba divertidas. Hoy hablé con Dara sobre estas gentes que me volvían la espalda.

—¿Queréis una respuesta sincera, Señor?

—Siempre Dara.

Y ella me ha contestado con toda franqueza.

Ellos son los que esperaban al Redentor. Aquél que abriera sus cadenas. E! que abriera las puertas y trajera la libertad. Ahora dicen Dwayanu, que sólo eres uno más que alimenta a Khalk’rus, ¡Su camino! Como el de Yodín, no peor que Odin, pero seguramente tampoco mejor.

Me acordé de la expresión extraña y llena de esperanza en los ojos de las sacrificadas. También ellas habían esperado que yo sería el Salvador y no él...-¿Qué opinas tú Dara?

—Yo opino lo que Vos opináis.

En eso pensaba mientras cabalgaba al lado de Lur y su halcón blanco que no apartaba su mirada de odio de mí. ¿Qué era Khalk’rus? ¡Cuántas veces me lo había preguntado en los viejos tiempos! Pero era totalmente seguro que existía el enemigo de la vida. Yo era lo que el anillo llamaba en verdad; al enemigo de la vida.

Un lobo aullaba. La bruja volvía la cabeza hacia atrás y contestó. El halcón extendía chillando sus alas. Nosotros cabalgábamos fuera del bosque hacia un claro cubierto de musgo. Lur se detenía y otra vez lanzaba el grito del lobo. De repente estuvimos rodeados de lobos. Eran lobos blancos y sus ojos completamente verdes y ardientes se dirigían a Lur. Se sentaron a nuestro alrededor con las lenguas rojas y húmedas colgando de sus fauces babeantes. Mi caballo temblaba. Lur apretando con sus rodillas a los ijares de su caballo y cabalgaba en el centro del corro de los lobos hasta que dijo algo que no entendí, y de pronto uno de ellos, gigantesco, se vino hacia ella y poniéndose en pie con las piernas traseras descansó las patas en el sillín del caballo y acercó su cabeza al rostro de Lur, que inclinándose le susurró algo en la oreja, y el lobo pareció escucharla. Luego se volvió con los otros sin dejar de mirarla a ella.

Yo lancé una carcajada. —¿Eres tú una mujer, o una loba,

Lur? —ella repuso—. También yo tengo mi séquito, y tan fácilmente no me lo puedes escamotear, algo en su tono me hacía observarla mejor. No era la primera vez que se ponía furiosa. ¿Es que me tenía envidia? Sería por mi popularidad. Lur evitó mi mirada. El perro lobo abrió la boca y aulló descomponiéndose el círculo y los animales se repartieron haciendo de exploradores delante de nosotros hasta que se fundieron con las sombras verdes.

El bosque se abrió y yo no vi ningún camino ni tampoco pisadas, pero Lur cabalgaba tan segura como si estuviese en una calle. Al llegar a un matorral de helechos Lur saltó de su caballo diciéndome:

—Desde aquí, continuaremos a pie, no estamos lejos Dwayanu...

Yo salté de mi caballo y me fui al lado de ella, mientras el resto de la tropa se quedaban sentadas en las monturas. La Bruja y yo nos deslizamos por entre unos matorrales yendo el gran perro lobo delante de ella, y al poco rato estaba Sirk delante de mí.

A la derecha surgía un bastión de rocas muy escarpadas. A la izquierda, a cuatro tiros de flecha en la lejanía, había otro bastión parecido que se perdía entre la bruma. Entre los dos, se encontraba una altiplanicie de roca muy negra, donde en su base muy plana estaba rodeada por un foso, el doble ancho que una tirada de lanza. Esta meseta tenía formas de llave y rodeado de pared, a pared, de fortificaciones completas. ¡Esto sí que era un castillo fortificado! Una gran espuma bullía a lo largo de los muros de la fortaleza. Los surtidores humeantes dirigían hacia arriba chorros de espuma caliente. La fortaleza en sí, no era muy alta pero estaba construida sólidamente, con fachadas sin ventanas, pero con troneras y un parapeto muy bien vigilado. Sólo en un lugar se veía algo parecido a las torres, y ellas se elevaban cerca del centro donde el foso del castillo burbujeante, se estrechaba. Al otro lado de la ribera vi el puente escala y el embarcadero. Detrás de la fortaleza estaba plagado todo por rocas y entre ellas había una abertura casi tan grande como la meseta de la fortaleza.

Ellos se habían buscado el sitio ideal para su castillo, éstos

quienes se habían escapado de Karak. Ningún asaltante podía andar sobre los fosos humeantes ni ninguna pasarela se podría construir sobre ellos. No, desde este lado Sirk era inconquistable, en esto no había ninguna duda. Pero lo que yo veía aquí no podía ser toda la ciudad de Sirk. Lur, había seguido mi mirada y adivinó mi pensamiento. Me dijo levantando el brazo y señalando. —Sirk mismo. Mira la abertura al otro lado de la puerta, allí hay un valle y allí está la ciudad con sus campos y animales. Yo incliné la cabeza examinando las rocas al otro lado de la fortaleza. Yo notaba que al revés de los bastiones la meseta no estaba plana. Por lo visto habían llegado allí aluviones de guijarros y habían formado una especie de azotea. ¿Y no se podría alcanzar esas azoteas sin ser visto Lur? Ella cogió mi brazo con los ojos brillantes. —¿Qué has visto Dwayanu?

—No estoy muy segura, Bruja. Quizás nada. ¿No podríamos acercarnos más hacia el salto de agua?

—¡Ven! Salimos de la maleza y dimos un rodeo con el perro lobo delante de nosotros con las orejas hacia atrás y los ojos vigilantes. El aire era más caliente y el vapor más fuerte haciendo dificultar la respiración. El siseo del salto de agua se hizo más fuerte. Dimos otro paso y miré hacia abajo, hacia el salto de agua, y ahora me di cuenta que no estaba independiente de la pared de la roca, porque surgía precisamente debajo. Sus vapores unido al calor me habían mareado, porque durante mucho rato examiné la roca hasta que me di la vuelta.

—Podemos volver Lur —ella excitada, me preguntó—. ¿Qué has descubierto Dwayanu? —Lo que yo había visto podía significar el final de Sirk, pero no se lo dije. Mi idea no era todavía madura. Primero había que hacer un plano completamente desarrollado, y analizarlo y corregirlo si fuese necesario.

Le dije a Lur.

—Todavía no lo sé, pero tengo una idea y tengo que pensarla muy bien.

Furiosamente me respondió.

—Yo no soy tonta y conozco tan bien la guerra como el amor.

Perdiendo la paciencia le respondí.

—Todavía no te digo nada. Cuando haga un plano te lo enseñaré. Ella no volvió a decirme nada hasta que no estuvimos reunidos otra vez con las guerreras.

Entonces se volvió hacía mí y con voz suave me preguntó.

—¿No quieres decírmelo? ¿No somos de una misma clase Dwayanu?

—No —la contesté bruscamente, dejándola que pensara.

Ella montó en su caballo y cabalgamos de vuelta a través del bosque. Yo iba pensando en lo que había visto cuando sentí el aullido de los lobos. La bruja levantó la cabeza escuchando y luego espoleó su montura. Yo la seguí al galope. El halcón blanco aleteaba chillando. Cabalgamos hacia un prado lleno de flores, donde un hombre pequeño se encontraba allí rodeado de lobos, siendo el centro de un círculo de brujería siempre en movimiento. Apenas vieron a Lur apagaron sus aullidos y se sentaron sobre sus patas traseras. Lur refrenó su caballo y se dirigió hacia ellos lentamente. Una mirada casual me demostró qué salvajemente deformado estaba su rostro. Yo contemplaba el enano y era en verdad muy pequeño porque apenas alcanzaba a mis rodillas, pero estaba perfectamente proporcionado. Su piel era brillante, igual que el pelo que resultaba un poco más oscuro y que le llegaba hasta los pies. Tuve un sentimiento de que a los enanos, yo debía de conocerlos, y no sólo por las pinturas al fresco. El halcón blanco giraba alrededor de su cabeza y procuraba picarle con el pico y arañarle con sus garras. El enano protegía su rostro con uno de sus brazos y sus ojos, mientras con el otro intentaba rechazar al pájaro. La Bruja lanzó un silbido estridente, ahuyentándole y el enano al dejar su brazo entonces me vio. El me llamó extendiendo los brazos al encuentro de mí como un niño lleno de confianza. Sí, en su mirada había confianza y esperanza. El parecía un niño azorado que ruega a un adulto en que confía. La misma esperanza que vi en aquellos ojos en los sacrificios de Khalk’rus. ¡Pues ahora me preocuparía para que no murieran los .ojos del hombre pequeño! Empujé mi solípedo al lado de Lur y salté sobre la barrera de los lobos, e inclinándome cogí al hombre pequeño subiéndole a los brazos. El se agarró a mí susurrándome algo en lengua extraña. Miré a Lur por encima de mi hombro y que ella había pasado su caballo por delante del círculo de los lobos.

—¡Traédmelo! —ordenaba.

Y el enano sin parar de hablarme incomprensiblemente se aferraba a mí con visible miedo. Yo me reí, y mirando francamente a Lur sacudí la cabeza. Sus ojos brillaban con furia salvaje, pero no iba a dejar que nada le ocurriera al hombre pequeño. Apreté los costados de mi caballo y salté sobre el círculo de los lobos dirigiendo mi galope hacia el río. La Bruja lanzó un grito e inmediatamente oí el aletear del halcón sobre mi cabeza y las alas me golpearon las orejas. Con rabia levanté las manos, y el animal chilló de dolor. El enano seguía aferrado a mí con todas sus fuerzas. Entonces vi el cuerpo blanco del lobo como saltaba hacia arriba delante de mí con la boca roja y las fauces babeantes. Miré hacia atrás y todos los lobos me perseguían y Lur también venía. De nuevo el lobo saltó dispuesto a morderme por la cintura, pero ahora saque mi puñal y le asesté un fiero tajo en la garganta, otro lobo intentaba hacer presa pero le asesté otra certera puñalada. El río estaba cerca y apenas llegué a su ribera levanté al enano con ambas manos y le lancé dentro del agua. Luego me volví con un puñal en cada mano para enfrentarme con el resto de los lobos. Otra vez Lur lanzó su grito y los lobos pararon tan de repente en su carrera que cayeron rodando por tierra. Miré hacia el río y vi los cabellos del hombrecillo deslizarse por li agua hasta la otra orilla.

Lur se vino hacia mí, blanca la tez y los ojos fríos. Con voz ronca me preguntó.

—¿Por qué le has salvado?

Yo pensé seriamente antes de responder y le dije:

—Porque no quería ver por segunda vez morir la esperanza en alguien que ha confiado en mí. Ella me miraba con cólera.

—Tú has roto el ala de mi halcón, Dwayanu.

—¿Qué es más importante Bruja, su ala o mis ojos?

—¡Tú has matado a dos de mis lobos!

—¿Tus lobos, o mi garganta. Lur?

Ella no contestó, limitándose a volver grupas lentamente hacia las guerreras, pero yo vi lágrimas en sus ojos... ¡No sé si serían de furia, pero era la primera vez que veía llorar a Lur! Sin hablar una palabra más volvimos a Karak, y ella por ¡o visto, preocupada por el halcón herido, y yo reflexionaba por lo que había visto en la roca de Sirk.

No paramos en Karak. Le dije a Lur que añoraba la tranquilidad del Mar de los Fantasmas. Ella me dijo indiferente que no le parecía mal si cabalgábamos hacia allí directamente.

Llegamos al castillo y cenamos junto con las guerreras en la gran sala. Por lo visto Lur había superado su furia, estuvimos alegres y yo bebí bastante vino. Luego fui a pasear con Lur por la torre y me fijaba en el fantástico salto de agua e iba madurando mis planes para conquistar Sirk.

—¿Qué estás pensando?— me preguntó Lur.

—Creo que nunca más voy a llamar a Khalk’rus, Lur.

—Eso no lo puedes decir Dwayanu.

—¡Oh, sí..!

—Pero sí a Khalk’rus no se le ofrecen sacrificios arrasará este país, y quedará desierto como nuestro país natal cuando no le han hecho sacrificios...

—Mira Lur, puede ser, que tú no lo creas, pero han existido pueblos que nunca han ofrecido sacrificios a Khalk'rus, y sin embargo siguen existiendo, y no se han quedado desiertos, y no sé donde es. pero hay tierras donde no se adora a Khalk'rus. y aquí mismo el pueblo pequeño no le adora, le odia, así como tú me dijiste, y por lo visto la tierra al otro lado del Nansur no es menos fértil que aquí. Ella me repuso.

—Khalk'rus, existe. El está en todas partes, en el árbol, en la flor, y todos los corazones están abiertos para él. Cuando él toca la tierra, allí donde existen prados y flores se extiende la arena y los animales mueren...

Yo pensé que algo no encajaba en su argumento.

—Eso no lo niego, Lur —le respondí—. ¿Pero es eso lo que el anillo llama en el ritual?

—¿Qué, entonces? Así se enseñó desde el principio.

—No sé por qué no se enseño algo que tuviera más valor.

Y yo no creo que eso que aparece en el templo sea Khalk'rus, el espíritu del vacío, el que tiene que volver de la nada. Creo que aunque no se hicieran más sacrificios seguiría aquí. Con voz peligrosamente tranquila me repuso Lur,

Escúchame Dwayanu, que «eso» que aparece en la fiesta, sea o no Khalk'rus para mí no tiene importancia. Para mí tiene importancia el no tener que abandonar este país, y no quiero que se cambie de costumbres, porque yo he visto la luna y las estrellas y el sol, pero, ¿dónde podría encontrar un lugar tan maravilloso como el Mar de los Fantasmas? Terminados los sacrificios, todos a los que sólo el miedo los detiene, abandonarían el país. La vida que yo amo, terminaría con los sacrificios. Si la gente supiera que les hemos mentido irían en la lejanía para ver si allí es más hermoso, y entonces te digo Dwayanu. ¡Aquí no puede hacerse ningún cambio! ¿Si tú no quieres llamar a Khalk'rus, por qué no haces que lo haga otro? Yo la miré enfadado. ¡Yo no abandonaría el anillo con todo el poder que tiene!

—Pero... ¿Hay todavía alguna otra razón, Dwayanu que tú no me has dicho?

Repuse con voz ronca.

—Hay muchos que me llaman el carnicero de Khalk'rus, y a mí no me gusta, corno tampoco ver en los ojos de las mujeres el terror cuando las doy en sacrificio.

—¡Ah, eso es! El sueño te ha hecho débil, Dwayanu... Mejor descubre tus planes para la conquista de Sirk, y déjame llevarlo a cabo... ¡Por qué tú te has vuelto demasiado débil para una guerra!

¡Eso faltaba! ¡Eso disipará todas las dudas! Alcé la mano para golpear a Lur pero ella me miraba provocativamente a los ojos sin miedo alguno. Yo bajé la mano. —Mira Lur le dije:

—Yo cumplo mis promesas. Yo te he dado a Yodín. Te voy a entregar la ciudad de Sirk, pero hasta entonces vamos a dejar de hacer sacrificios... ¿Cuándo quieres que te entregue a Tibur, el Herrero? Ella puso sus manos sobre mis hombros mirando mis ojos llenos de cólera. Sonrió. Después resbalaron sus dedos por mi cuello atrayéndome hasta sus labios para besarme tiernamente. Susurró.

—Ahora eres otra vez Dwayanu. ¡Ah, Dwayanu! Si tú me quisieras como yo te quiero...

Sí, se trataba de eso, porque yo la quería tanto como se puede querer a una mujer. La temeridad antigua, y la antigua alegría corría otra vez por mis venas.

—Te voy a traer a Tibur y a Sirk, la ciudad cuando quieras... Lur.

Pero ella se quedó pensando. —A Tibur todavía no, él es fuerte y tiene muchos partidarios, además nos puede ser muy útil en la conquista de Sirk, Dwayanu, por eso escaparemos un tiempo más.

—En eso estamos de acuerdo, Lur.

—Bien, bebamos un vaso de vino por nuestra reconciliación. Lur llamó a sus criadas. Era un buen vino y quizás bebí más de lo que debiera pero bajo su influencia mis planes para la conquista de Sirk se hacían mas claros. Era tarde por la mañana, cuando me desperté. Había dormido como un muerto. Pregunté a una guardiana dónde se encontraba Lur y me informó que por un mensaje había salido muy temprano, porque dos mujeres que esperaban para el próximo sacrificio lograron escapar, y Lur sospechaba que querían alcanzar a Sirk y mandó a por los lobos para perseguirlas. Pensé que me gustaría el ver a las bestias blancas en acción, pero con un gran dolor de cabeza decidí irme a nadar al Mar de los Fantasmas. Poco antes del anochecer volvía Lur, y yo la pregunté. —¿Las has cogido? —no, respondió ella—. Les salió bien el alcanzar Sirk. Nosotros sólo alcanzamos ver cómo cruzaban el puente..

Yo no me preocupé más y llevé a Lur donde me demostró con toda su sensibilidad el gran amor que por mí sentía.

7° LA CONQUISTA DE SIRK

Otra vez cabalgaba a través del bosque, hacia Sirk, con Lur a mi lado, y en el otro a Tibur. Detrás cabalgaban mis dos hombres principales. Doce chicas delgadas y fuertes iban más atrás, con sus blancos cuerpos pintados de negro y de verde. Iban desnudas exceptuando el cinturón con las armas. Detrás de ellas cabalgaban ochenta nobles bajo el mando del amigote de Tibur llamado Rasda, y tras de ellos seguían mil de las guerreras de Karak. Esa noche era muy importante que alcanzásemos el borde del bosque antes del tiempo entre la media noche y el amanecer. Las patas de los caballos y sus cascos iban forrados con cuero para que ningún oído pudiera captar el ruido de las herraduras, y las guerreras iban en formación abierta y tan silenciosas como era posible.

Habían sido cinco días de preparativos cuidadosos. Sólo Lur y el Herrero conocían mis planes. Por precaución hicimos creer a la gente que íbamos atacar a los enanos, y quizás sólo Rasda sospechaba nuestro fin verdadero. Con esto quería evitar que

los de Sirk se prepararan contra nosotros porque yo sabía bien que en Karak ellos tenían muchos amigos. Sí, y quizás también en las filas de las guerreras que marchaban detrás de nosotros. La sorpresa era la mitad de mis posibilidades de éxito. Por eso hice la salida por la noche, y por eso el silencio mientras atravesábamos el bosque, y por eso se adelantaba la Bruja con sus lobos y desaparecía en la oscuridad brillante de color verde.

Nosotros nos detuvimos esperando su regreso. Nadie hablaba. Lur volvió y ahora con los perros otra vez delante iban olfateando el camino con sus fauces abiertas pegadas al suelo.

Lur me había dicho que Tibur nos sería muy necesario para la toma de Sirk y que sería menos peligroso si venía como aliado. Y eso era cierto porque Tibur era un luchador excelente y tenía muchos amigos útiles. Por eso ¡e he dado mi confianza explicándole mi táctica a seguir.

Desde nuestro lado había descubierto cuando estuve con Lur. que los helechos cubrían una gran parte de la roca negra que los de Sirk, creían que estaba en pedazos, y sin embargo formaba una cornisa bajo las espumeantes aguas del geiser y que trepadores con los nervios

de acero treparan a lo largo de la cornisa y sin ser vistos penetraran en la fortaleza. Los ojos de Tibur brillaron, y se había reído como en el día del Templo.

Su único comentario fue así:

—El primer eslabón de ¡a cadena es el más débil Dwayanu.

—Cierto. Pero el se encuentra allí donde está la cadena de la defensa de Sirk, y luego será tomada.

—Aunque yo no quiero ser el primero que se confíe en ese eslabón —me dijo.

Yo consulté mi plano donde tenia todo detallado.

—Teníamos que atacar rápido. ¿Cuánto tiempo necesitamos para las preparaciones, Lur?

Levanté la cabeza y vi la mirada secreta que los dos intercambiaron entre ellos. Lur contesto enseguida.

—Si no fuera por las fueras armadas, podríamos salir hoy, pero hemos de elegir primeramente a los trepadores, y no tengo idea de cuanto puede durar eso, además que hay que entrenarlos, y eso toma tiempo.

—¿Cuanto tiempo. Lur? porque nos tenemos que dar prisa.

—¿Tres días? ¿Cinco días? Lo haré lo más rápido posible, otra cosa no puedo prometer.

Con aquello me quedé conforme. Y ahora cinco noches después marchamos hacia Sirk, El bosque no estaba ni claro ni tampoco muy oscuro, pero parecíamos sombras. Un olor a cosas diversas brotaba de vida nocturna, pero nosotros íbamos camino de la muerte. Nuestras armas al igual que las herraduras de los caballos las llevábamos envueltas por telas, para que ningún brillo saliera de ellas, así como las puntas de las lanas y ningún metal brillaba. En los jubones de las guerreras estaba bordado en un círculo grande ¡a Rueda, para poder diferenciar el amigo del enemigo cuando nos encontremos detrás de los muros de Sirk. Lur había querido el símbolo negro de Khalk’rus, pero de eso no quise permitir nada.

Alcanzamos el lugar donde habíamos decidido dejar los caballos, y aquí nos dividimos en silencio total. Bajo el mando de Tibur y de Rasda fue el grupo más grande a través del bosque de los helechos hacia el borde del calvero, desde donde se podía ver el puente de Sirk. A la Bruja y a mí nos seguían las guerreras desnudas con ¡as flechas y aljabas en las espaldas y el largo puñal así como la lanza. Llevaban también escaleras de cuerda, las que habían trenzado bajo mi orientación parecidas a los tiempos viejos. También portaban una segunda clase de escalera, muy larga e increíblemente elástica.

Yo iba armado con un hacha y un puñal largo. Lur y los nobles con martillo para arrojar y puñales.

Fuimos sigilosamente hacia el salto dé agua cuyo fragor era cada vez más fuerte a cada paso que dábamos. De repente me detuve y le dije a Lur.

—Bruja, no puedes de verdad hablar con los lobos?

—De verdad, de verdad, Dwayanu.

He pensado que podrías hacer que los lobos saltaran el bastión al otro lado y así la guardia acudiría para ver qué eran esas fieras y mientras luchaban eso sería una gran ventaja para mí.

Lur, lanzó un grito muy bajo como el gimoteo de una loba. No pasó ni un segundo cuando estaba la cabeza de uno de ellos a su lado, con los dientes prestos y babeando. La Bruja se puso de rodillas a su lado y le habló algo muy bajito, y tan súbitamente como apareció así se fue. Lur se levantó. En sus pupilas brillaba el mismo fuego salvaje que el del perro lobo. —La guardia va a tener su distracción...

Un sudor frío corrió sobre mi espalda, porque eso era en verdad brujería. Pero yo no dije nada y continuamos nuestro camino, hasta llegar al sitio que yo había examinado en la pared de la roca. Desde allí observamos a través de los helechos toda la fortaleza. A la derecha nuestra quizás a unos veinte pasos a lo lejos, ascendía la lisa pared hacia arriba, al cielo, sobre el salto de agua. Los helechos donde estábamos escondidos seguían hasta el río. Entre nuestra cobertura y la caída natural del castillo había un lugar de unos veinte pasos de ancho y desde aquí los muros de la fortaleza no distaba más que de un tiro de lanza. Muro y parapeto tocaban la pared de la roca pero no podían ser vistos a través de los vapores del agua. Eso era lo que yo decía cuando hablé del eslabón mas débil, pues se encontraba allí donde también la cadena de defensa de Sirk debía de ser más débil. Porque en esta esquina no había ninguna guardia, porque los de Sirk pensaban que nadie podría resistir estos calores del geiser natural. Yo miré a mi alrededor otra vez. El guardia más próximo estaría a unos doscientos metros. En algún sitio tras de la fortaleza había un gran fuego. Hice una señal a Dara apuntándole hacia la roca que debería de ser el objetivo de las guerreras desnudas. Dara reunió a las chicas a su alrededor para darles las últimas instrucciones. Ellas inclinaron la cabeza y miraban el salto de agua y la curva del castillo y la pared húmeda. Yo vi cómo algunas temblaban pero eso se podía comprender perfectamente. Nosotros nos deslizamos hacia el pie de la pared de la roca. Aquí habían sobrados apoyos para las escaleras en la pared rocosa. Arrollamos las escaleras para apoyarlas firmemente. Fui dando instrucciones para que pudieran subir por la cornisa a las trepadoras porque habían unas hendiduras por donde podrían cogerse, y encontrar apoyo para sus pies y sus manos.

¡Hei! ¡Qué valientes eran estas chicas de fina estampa! En sus cinturones prendimos cuerdas las que dejaríamos mientras ellas escalaban por si alguna caía al vacío. Ellas reían contemplándose las caras y los cuerpos pintados. La primera corrió por la escalera hacia arriba como una ardilla encontrando fácil apoyo. Al instante ya había desaparecido. El verde y negro se confundió con el verde y negro de la pared de la roca. Lentamente resbaló entre mis dedos la primera cuerda. Luego la segunda cuerda la seguía, y una más, hasta seis.

¡Hei! Era una extraña pesca. Todos los sentidos estaban centrados en nuestra voluntad para mantener a las chicas fuera del agua. Lentamente, muy lentamente fueron resbalando más y más cuerdas entre mis dedos y los de la Bruja, lentamente, pero continuamente. Ahora se debería de encontrar la primera chica sobre el salto de agua, y vi con mi ojo interior cómo se arrastraban por la piedra resbaladiza. De pronto una cuerda se aflojaba en mi mano y después resbalaba tan rápido que me quemaba la piel, y después se aflojaba otra vez y finalmente había un tirón brusco. Yo sentí como el cabo se arrancaba. ¡La chica se había caído en la profundidad! ¡Su carne hervía en el geiser ardiente! La segunda cuerda se aflojaba, se estiraba y se cortó. Después la tercera... ¡Tres de ellas ya han caído! Le susurré a Lur.

—Tres están ya muertas.

—¡Y dos más! —Me replicó.

Me fijé que tenía los ojos cerrados, pero las manos las tenía tranquilas. ¡Cinco de esas chicas guapas! ¡Sólo quedaban siete! ¡Luka da la vuelta a tu rueda! Más y más lentamente resbalaron los cabos a través de mis dedos. Ahora debería de estar la sexta sobre el parapeto y en camino hacia las terrazas. Mi corazón casi me ahogaba martilleándome. ¡Oh Dioses! La sexta ha caído... gemí.

—Y una más... Lur murmuraba mirándome dejando caer otra cuerda.

—¡Todavía quedan cinco! ¡Luka, un templo sólo para ti, gran diosa! ¿Qué era eso? Un tirón en una de las cuerdas y otros dos seguidos... ¡Era la señal! ¡Una lo había conseguido! ¡Honor y riquezas para ti, chica hermosa!

—¡Todas muertas, menos una Dwayanu! — Murmuró Lur.

¡Otra vez el tirón! ¡Una vez más a salvo! Tres escondidas entre las rocas. La pesca había terminado. Sirk había comido tres de mis cebos. Pero la ciudad de Sirk parecía deshacerme los huesos y los músculos. El rostro de Lur estaba muy pálido y tenía negras sombras debajo de sus párpados. Ahora nos tocaba el turno a nosotros. Las guerreras que se habían caído en el geiser podían tener pronto compañía. Quité a Lur la cuerda y di la señal. Sentí como me contestaron. Ahora ¡a escalera y el puente el cual tendríamos que cruzar. Ligera pero fuerte resultaba ¡a escalera trenzada como se hacía en tiempos viejos. Atamos las escaleras al final de las cuerdas finas por donde nos deslizamos hacia fuera por encima del abismo invisible hirviente. La escalera había llegado donde estaban las tres chicas quienes las aseguraron. Sentí como la escalera se estiraba. El camino hacia Sirk estaba abierto. Yo mire hacia donde estaba Lur. La sorprendí muy quieta mirando a la lejanía. Sus ojos tenían el color verde de sus lobos. De repente, por sobre el bramido del salto de agua oí el aullar de los lobos, lejos, *muy* lejos de aquí. Ella se relajaba e inclinando la cabeza me sonrió.

—Si., de verdad puedo hablar con mis lobos, Dwayanu

Me acerqué a la escalera y la examiné, comprobando que estaba bien segura.

—Yo iré primero, Lur, y no dejes bajar a nadie hasta que yo no haya alcanzado el otro lado. Después deben seguirme Dara, y Naval, para protegerme por la espalda.

Los ojos de Lur brillaron.

—Yo te sigo primero, y tu gente principal tiene que esperar hasta que te haya alcanzado.

Yo pensé. Pues bien, debería de respetar su voluntad. —Corno tu quieras Lur. pero espera a que haya pasado el puente completamente: aguarda para mandar después a las guerreras, pero no envíes a más de diez de una sola vez a través de la escalera, y procura que se pongan sobre la boca y nariz los paños antes de marchar. Y tú Lur, ponme e¡ hacha y el puñal entre los omoplatos, y preocúpate para que cada una lleve las armas de la misma manera. Pon atención como utilizo mis manos y mis pies. Yo me cogí en la escalera con brazos y piernas trepando hacia arriba como una araña, lentamente, para que ellas aprendieran. La escalera sólo resbaló un poco. Su ángulo era bueno. Primero me encontré entre los helechos, y luego al lado del salto de agua, después encima. El vapor me envolvía escociéndome, y el caliente geiser me arrugaba rápidamente la piel. Ahora ya había pasado las rocas y me encontraba sobre el parapeto. Sin ser visto sacudí la escalera y sentí la vibración de la respuesta. Algo se movía por sobre ella, y el peso que soportaba se ve que cada vez era más pesado, mas pesado. Yo solté el hacha y el puñal de mi espalda.

—Dwayanu...

Me di la vuelta. Las tres chicas estaban de pie delante de m¡, y tuve que hacer esfuerzos para no reírme. El baño de vapor había enfoscado totalmente la pintura de guerra verde y negro, y habíanse formado dibujos grotescos en sus caras y cuerpos.

—¡Sois nobles guerreras desde este momento! Verde y negro serán vuestros colores. Lo que vosotras habéis hecho esta noche será una leyenda en Karak. Miré hacia e! parapeto. Entre nosotros él había una especie de camino de piedra y de arena bastante ancho. Bien, dos

docenas de guerreras se encontraban alrededor del fuego, y otro grupo mayor estaba en las cercanías de las dos torres que flanqueaban el puente colgante. La torre de la izquierda no tenía ninguna abertura, pero la de la derecha tenía por el contrario una puerta abierta y sin guardia, excepto las que estaban alrededor del fuego. Entre ambas torres descendió una rampa hacia el final del puente colgante.

Una mano rozó mi brazo. Lur estaba a mi lado. Muy cerca, detrás de ella la seguían mis dos personas principales, y después una tras otra las guerreras. Les ordené poner las flechas en sus arcos. Una tras otra se deslizaron en la oscuridad pasando ante mí y montaron guardia en las sombras de las rocas. De repente un grito resonó seguido de un gorgoteo del agua. La escalera resbalaba y daba vueltas, oí otra vez ese grito desesperado, horrible... la escalera colgaba flácida

—Dwayanu...¿La escalera ha sido arrancada?...Aguarda.

—¡Silencio Lur...quizás han oído el grito, la escalera no se podía desprender!

—Súbela, Dwayanu, súbela...

Juntos tiramos de ella, era pesada, pero lo hicimos lo más rápidamente que pudimos y de pronto perdió peso ascendiendo como una pluma. Su final estaba cortado con un puñal o un hacha.

—¡Traición! —Grité.

—¿Traición?... Pero como...si Dara hace la guardia...

Inclinado, me interné por las sombras de las rocas. Dije a Naval que ella debía ocuparse para alcanzar el otro lado, y que cuando yo dé la señal deben de tirar tres flechas cada una de las tiradoras. La primera andanada sobre la guardia que estaba alrededor del fuego, y la segunda y la tercera contra la guardia de los muros, y después me seguís. ¿Me habéis entendido?

—Os he entendido Señor...

El mando corrió entre las filas y sentí el sordo tensar de las cuerdas de los arcos.

—Nosotros somos menos de los que yo quisiera Lur, pero no tenemos más remedio que finalizar el asunto. La única salida que tenemos para salir de Sirk, es con el puñal...

—Ya lo sé pero yo tengo una preocupación por Dara.

—Ella está bien; porque si la traición hubiera sido mayor ya hubiéramos oído el ruido de lucha, pero ahora basta de palabras Lur, porque tenemos que cumplir rápidamente. Después del tercer tiro con las flechas asaltaremos la puerta de la torre. Di la señal. Las tiradoras se levantaron y dispararon sus dardos directamente sobre las guerreras que estaban alrededor del fuego. Muy pocas de ellas quedaron con vida. Enseguida volaron las flechas de la segunda andanada en dirección a las centinelas de las torres del puente colgante.

—¡¡Hei!! ¡Buenas guerreras eran estas muchachas! ¡Canto de los Arcos! ¡Oh Dioses! ¡Esto es la antigua guerra!

Salté hacia abajo, hacia las piedras, con Lur a mi lado. Las guerreras nos seguían de cerca. ¡Y cómo corríamos hacia la torre! Ya teníamos la mitad del camino recorrido cuando las guardias del parapeto nos vieron y cundió la alarma. Se escucharon gritos de sorpresa. La estridencia de las trompetas rasgaron el aire, y la campana de latón se agitaba enviando la alarma hasta los Sirk dormilones al otro lado del abismo. Nosotros seguimos corriendo. Lanzas pasaban entre nosotros y las flechas silbaban. A través de las puertas y por el largo de los muros interiores salieron guardias corriendo hacia nosotros para detenernos. Nosotros

atravesamos la puerta de la torre, pero no todos, casi una tercera parte había caído bajo las flechas enemigas. Cerramos la pesada puerta con la gruesa cerradura y al segundo los martillos tronaron salvajemente contra la espesa hoja. El cuarto donde nos encontrábamos era de piedra, grandioso y vacío y carente en absoluto de ventanas. Yo me di cuenta de la razón. Nunca los Sirk podían esperar el ser atacados desde la ciudad. En un extremo descubrí las ruedas y palancas que permitían maniobrar sobre el puente colgante. Salté hacia las palancas y actué rápidamente. Las ruedas comenzaron a girar y la contrapuerta bajaba. Mientras la Bruja soplaba el clarín muy alto y se podía oír desde muy lejos. Era la señal de Tibur y su tropa. Los golpes sobre la puerta se habían transformado de los martillazos en la potencia de un ariete que la hacía temblar peligrosamente. Lur me gritó.

—¡El puente ya está bajado Dwayanu! ¡Tibur ya viene por encima de él!

La mañana se acercaba. Aclaraba. Yo juraba furioso. ¡Lur, yo creí que él tenía más inteligencia! ...Que no venir con los caballos sobre el puente.

Pero Tibur así lo hace. El y Rasda con mucha más gente. El resto saltan de sus monturas.

Los de Sirk les arrojan lanzas y flechas como una nube, defendiéndose. Un estampido en la puerta y la madera se ha resquebrajado...¡Un tumulto terrible se oye! El ruido de hachas y puñales que chocan, y el silbido de las flechas crueles, y por encima de todo el alboroto dominándolo se oía la risa de Tibur...

El ariete ya no golpeaba la puerta. Yo subí la tranca hacia arriba y abrí la cerradura entreabriendo la puerta para mirar hacia afuera. Las tropas de los Sirk corrían por la rampa hacia abajo, hacia el puente. Entonces salí fuera. Los atacantes gritaron. ¡¡Dwayanu!! ¡Dwayanu!

Desde la fortaleza venía todavía el sonido de la campana avisando a los Sirk. ¡Los Sirk que ahora ya no dormían!

8º ¡¡TSANTAWU!! ¡¡ADIÓS!!

Al otro lado de la cima hacia Sirk había un zumbido como de una gigantesca colmena espantada. Sonaban trompetas, y contestaban campanas de latón en la fortaleza atacada pero cada vez más guerreras de Karak venían sobre el puente y todo el camino detrás de la fortaleza estaba lleno de ellas. El Herrero refrenaba su caballo delante de mí, y me miraba y luego volvió su vista hacia abajo del puente.

¡Oh. Dioses! ¡Eso sí que lo has hecho bien, Tibur!

—¡Sin Vos, Dwayanu, no lo hubiéramos conseguido nunca! Vos habéis planeado, entrado y obrado...para nosotros ya todo era fácil de hacer.

Era cierto. Y en aquel momento casi sentía amistad por e!.

¡No era nada fácil dirigir el ataque desde el puente! ¡Oh. dioses si él me fuera un poco adicto!

—¡Barre la fortaleza, Tibur! Nosotros no queremos flechas en nuestras espaldas.

—Ya estamos echándolos Dwayanu. Con un ataque de flechas y puñales ha quedado limpia la fortaleza. En efecto, el ruido de las campanas ya se estaba apagando. —Tibur. te doy las gracias.

—Vos, habéis llevado e! ataque. Señor...

—Toma mi caballo Tibur, es tuyo.

Tibur saltó sobre él y con el hacha levantada sobre su cabeza galopó hacia la abertura de la torre, y yo le imité dejándole a mi lado izquierdo, y el derecho para Lur. Detrás de nosotros vinieron los nobles seguidos de las guerreras. Penetramos veloces por la puerta de los Sirk. Una ola de guerreros y guerreras. como una ola viva se vino hacia nosotros con los martillos agitándose en aire, y llovieron las lanzas y las flechas. Mi caballo resbaló sobre sus patas anteriores. Sentí una mano en mi espalda que procuraba sostenerme. Era Lar, que al tiempo me sonreía. Con Dara a un lado, y Lur en otro nos revolvimos repartiendo los hachazos abriendo camino con lanzas y Hechas. Mi caballo cayó herido de muerte, y con toda la rapidez que me permitían las circunstancias salté sobre otro al que su jinete le habían atravesado con una lanza.

Arremetimos en contra de la movediza masa de enemigos que luchaba por no ceder el terreno.

Sirk estaba delante de nosotros. La ciudad estaba al final de una calle formada por rocas. La puerta era angosta y estaba casi a la misma altura que los techos de las casas las cuales estaban a un tiro de flecha de donde nos encontrábamos luchando. Parecía una ciudad agradable, pues en su interior yo percibía que no tenía fortalezas, templos o palacios. Sólo pequeñas casas de piedra, quizás miles, con techos planos. Las casas distaban entre sí con mucha holgura y espacio, rodeadas de jardines, con calles plagadas de árboles y caminitos como los de un bosque, dibujados. Al otro extremo se extendían campos fértiles llenos de árboles frutales. Ahora habíamos barrido a los defensores del puente. ¡Habían huido! Y el camino estaba expedito. El camino estaba limpio de enemigos. ¡Demasiado limpio! Entonces refrenamos los caballos y yo pude observar cómo desde los techos planos de las casas brotaban el brillo de las armas, y el ruido de las hachas golpeando frenéticamente sobre los árboles, acompañados por el ritmo de los tambores.

¡Hei! Estaban poniendo barricadas en las calles con los árboles cortados y así prepararnos una emboscada, cuando nosotros fuéramos al asalto furiosamente. ¡En la faz de Dwayanu habían echado ellos las redes! La táctica era buena, el mejor método de defensa que yo había visto nunca. Esto significaba que nosotros teníamos que luchar prácticamente casa, por casa y que cada una de ellas se convertiría en una pequeña fortaleza, y que desde cada ventana y desde cada techo brotarían flechas. Ellos tenían que contar entre ellos, en Sirk, con un buen capitán cuando nos podían ofrecer un recibimiento tan bien pensado. Empecé a sentir respeto por ese jefe desconocido por haber planeado una defensa que a Sirk le daba toda la ventaja en este ataque por sorpresa, excepto si el enemigo conociera esta defensa, naturalmente. Pero, ¿cuánto tiempo podría este jefe contener a los habitantes de Sirk dentro de las casas? El problema de esta clase de defensa es el tiempo. Porque el gran deseo de los habitantes de una ciudad invadida, donde el enemigo ha penetrado es cómo salir de sus casas. Muy pocas veces el jefe era capaz de contenerlos, únicamente que cada casa tuviera comunicación con otra y así todo el conjunto, entonces sí, Sirk sería imposible de tomar. ¿Pero qué pasaría si una tras otra estuvieran independientes e incomunicadas? ¿Podría también el jefe contenernos? ¡Hei! ¡Entonces ha llegado el momento! Entonces brota la fatalidad por cada hendidura. Furia y desesperación dirigían los asediados fuera de sus agujeros. Si alguno salía fuera para matar sería muerto. La fortaleza se rompería piedra por piedra y el agresor se comería el pastel bocado a bocado.

Comencé a distribuir nuestros guerreros *y* guerreras, enviando el primer grupo pequeño contra Sirk con la orden de extenderse y servirse de cualquier cobertura posible. Ellos debían, cueste lo que cueste, tomar las primeras casas pero de ningún modo alejarse mucho unos de otros para no debilitarse y permitir que los cazasen uno a uno, como a

animales. Tendía una red sobre Sirk y no quería que se cortara por ningún lugar débil. Entre tanto ya el día se hizo completamente claro.

Las guerreras marcharon a su destino y pude contemplar cómo las flechas silbando como serpientes se cruzaban entre ambos bandos con sus mensajes de muerte. Oí las hachas golpear las puertas...¡Oh, Luka! Los zumbidos nerviosos de Sirk se elevaban ya en el aire y descubría la primera señal de irreflexión. ¡Hei! Yo sabía que ellos no podrían soportar este estruendo de hachas y martillos sobre sus puertas. Yo conocía este silbido que pronto se tornaría en el gruñir de la desesperación. ¡Hei! No pasaría mucho tiempo para que ellos salieran de sus casas.

Tibur, a mi lado comenzó a jurar. Miré a Lur, y ella estaba temblando. Las guerreras murmuraban deseando integrarse en la lucha, y sus ojos brillaban fríos y duros. Las caras bajo los cascos no eran de mujeres dulces, sino de guerreras que al igual que un hombre, están dispuestas a luchar. El que esperara del sexo más débil alguna compasión, se llevaría un desengaño mortal. ¡Oh, Luka! La lucha casi estaría en su final antes de que nosotros pudiéramos manchar nuestras hojas en sangre. Yo me reí. Paciencia Tibur. La paciencia es un arma útil. La más fuerte para Sirk, si ellos la practicaran. El tumulto se hizo más grande. Allá al final, unas cincuenta guerreras nuestras luchaban contra el doble en número, y desde las calles y techos salen más y más uniéndose a sus compañeras. Este es el momento que yo había esperado. Di el grito de ataque e inmediatamente nos lanzamos hacia abajo. Nuestras guerreras luchando nos abrieron el camino, y nosotros caímos a bocajarro contra los defensores de Sirk. Ellos luchaban valientemente e incluso desde los árboles recién cortados. Ahora comenzaron nuestras guerreras a atacar por los costados luchando fuera de las casas que ellos habían abandonado y lanzaban desesperados racimos de flechas.

Luchando duramente llegamos al corazón de Sirk, una gran plaza con fuentes y jardines floridos. El agua de las fuentes quedó roja, y las flores tronchadas cuando rebasamos la plaza, dejando nosotros una alta cuota, porque allí quedaron la mitad de nuestros nobles.

Una lanza destrozaba mi casco y casi me mata. Sangrando, y la cabeza al descubierto manando sangre, blandía mi pesado puñal que hundía en los pechos de mis enemigas. Naval, y Dara, yo no las veía pero me protegían la espalda. La Bruja, el Herrero y su compañero me seguían sin estar heridos. Una ola de jinetes se venía hacia nosotros y les hicimos frente mezclándonos en ardorosa lucha. ¡Hei! Ahora era una lucha hombre contra hombre como yo lo prefería. Miré por un segundo hacia mi derecha y no vi a Lur, ni al Herrero, pues sin duda lo tendrían difícil donde quieran que estuvieran. De un lado a otro repartía puñaladas mortíferas pasando delante de mis guerreras de Karak, las que se pusieron a mi lado. De pronto vi cómo unos ojos oscuros se posaban en los míos profundamente, y espalda contra espalda de este personaje luchaba una mujer delgada cuyos ojos marrones parecieron penetrarme. En los ojos negros leí comprensión y preocupación, y los marrones estaban llenos de odio.

Ojos negros y marrones que tocaron algo profundo en mí, algo muy profundo que estaba dormido.

Yo oí mi propia voz dar la orden para finalizar la lucha. Abruptamente cesó toda acción. Sirks y karaks, me examinaban igualmente sorprendidos. Yo pasé cabalgando entre los cuerpos y me perdí en los ojos negros, diciéndome sorprendido por qué bajaba mi puñal, y por qué la tristeza de sus ojos me pinchaba en el corazón. El hombre de cara y ojos oscuros habló sólo dos palabras.

—¡Leif, Leif!

Lo que había dormido en mí, despertaba y corría a través de mis venas y agitando mi cerebro tiraba en cada fibra de mi yo.

En eso oí un grito. Era la voz de la Bruja. Un caballo atravesaba el círculo de las guerreras. Rasda venía con el puñal en alto y los ojos fieros para hundir su arma en la espalda del hombre que a mí me había llamado Leif. ¡Oh, Dioses! Qué bien le conocí ¡Tsontawu! ¡Jim!

Lo que había dormido en mí salió de repente a la superficie...era Yo...Dwayanu estaba olvidado. Yo avancé con mi caballo. Rasda levantaba nuevamente e! brazo. Jim se abatió sobre las crines de su montura para esquivar un nuevo golpe que yo evité porque cogí el brazo de Rasda y lo retorcí haciéndole chillar como a un lobo porque sus huesos crujían. Un martillo silbó pasando a un palmo de mi cabeza. Miré a Tibur. Me fui, más hacia adelante y levanté a Rasda del sillín volviéndole e! brazo ya roto hacia arriba como el de una muñeca. Acto seguido le derribé al suelo y presionándole sobre el cuello se lo rompí como si fuera una rama...

Me puse en pie, y me quedé mirando al personaje de los ojos marrones y grité ¡¡Evalie!! ¡¡Evalie!!

De repente comenzó la lucha otra vez. Evalie se defendía. Vi a Tibur detrás de ella y cómo la tiraba del caballo, y también como algo brillante salía de su mano dándome un golpe que me hizo caer de rodillas. Aturdido noté la sangre sobre mi rostro. El mareo me pasaba y no pude ver otra vez y noté debajo de mí a un hombre que me miraba lleno de comprensión y de amor. Dara se inclinaba hacia mí diciéndome.

—Bebed, Dwayanu, que por un cabello habéis escapado a la muerte. El líquido me quemó a través de mis venas dándome nuevos bríos. Entonces me percaté de que estaba rodeado por un círculo de mis guerreras con un segundo círculo alrededor de ellas.

—¿Me puedes oír, Leif? No me queda mucho tiempo...

Yo me esforcé en incorporarlo inútilmente, pues él se caía.

—¡Jim, Jim! ¿Por qué has venido por aquí? Toma mi puñal y mátame.

El, cogió mi mano diciéndome.

—No te vuelvas loco, Leif... No tienes la culpa pero tienes que salvar a Evalie.

—Tengo que salvarte a ti primero, sacarte...

—¡Calla y escúchame! A mí ya no me puedes ayudar, porque la hoja que me ha penetrado en el pulmón...Pero tú no tienes la culpa.

Mis lágrimas se mezclaron con mi sangre.

—Pero yo le he matado por eso, Jim. Yo le he matado.

—Lo sé Leif... lo he visto, pero tengo que decirte algo más...

Le di del líquido fuerte, y pareció que le volvía la voz. —En este momento Evalie te odia, pero tú tienes que salvarla igualmente, escúchame. En Sirk nos hemos enterado *n* través de los enanos que tú nos quenas encontrar aquí, y que tú pretendías ser Dwayanu (porque no podías acordarte de nada) y en el fondo tú querías tomar Sirk, para después llevarles contra Karak. Tú me necesitabas a tu lado, y a Evalie para convencer a los enanos.

—Yo no os había buscado Jim.

—Eso lo sé ahora, pero nosotros lo creímos... porque tú salvaste a Soi, de los lobos y estuviste en contra de la Bruja.

—Jim...después de la venida de Soi. ¿Habéis recibido el mensaje falso?

—Dos días después...pero ya no tiene importancia... Yo le explicaba a Evalie lo que a ti te habría pasado... Y ella confía en mí... Nosotros alcanzamos Sirk hace dos días, con Soi, y veinte enanos más... Era demasiado fácil... Ningún lobo aullaba aunque yo sabía que nos perseguían, y después está bien claro que caímos en la trampa... ¿Cómo has conseguido pasar por los geiser? Pero ya no importa... Evalie está convencido de que tú has mandado e! mensaje... Traición...

Sus ojos se cerraron. Sus manos estaban frías.

—Jim...hermano, háblame...

Sus ojos se abrieron pero ya la voz era tan débil que apenas era audible.

—Tú no eres Dwayanu, Leif...sigue luchando y salva a Evalie...salva a Evalie...Hasta la vista Leif...

Un borbotón de sangre salió por su boca. ¡Jim, ha muerto!

LIBRO III
LEIF

9° LA VUELTA HACIA KARAK

Yo sentí una gran tristeza por Jim, pero bajo esta tristeza palpitaba una furia espantosa en contra de Lur y del Herrero. También horror de mí mismo al pensar que yo había sido y obrado como Dwayanu. Tenía que encontrar a Tibur y a la Bruja. Pero primero debía de hacer otra cosa. Ella y Evalie podían esperar.

—Dara, alzarle y llevarle hasta una de las casas —yo les seguía a pie.

La lucha todavía continuaba pero no cerca de nosotros. Aquí sólo estaban los muertos. Sospeché que se preparaba para la última batalla en el final de la calle, Dara, Naval, y yo con una media docena de guerreras pasamos a través de una puerta medio destruida de una de las casas. En el centro había un salón con columnas. Las guerreras vigilaban las puertas, y mandé traer mesas y sillas para quemar en la sala. Dara me pedía que la permitiera cuidarme de mis heridas. Me senté pensando mientras ella me atendía y me lavaba con vino. Mi mente estaba completamente lúcida. Yo era Leif Langdon. Ya no tenía Dwayanu dominio sobre mi espíritu ni lo tendría nunca más. Pero él vivía. El vivía como una parte de mi Yo. Era como dos gotas mezcladas. El no estaba muerto, pero sólo era una parte de mí, pero yo era más fuerte que él, y le podía dominar y servirme de él. Yo pensaba que si quería salvar a Evalie tenía que ser Dwayanu y hacer otras cosas que lograría o moriría en el empeño. Sí, mi poder estaba en continuar siendo Dwayanu. Una transformación como la que había tenido no se la podía explicar a las guerreras. Ellas confiaban en mí como si yo fuera Dwayanu. Ellas no podían notar el cambio.

Me toqué la herida profunda de mi cabeza. —Dara, ¿has visto quién me la ha hecho? Ella respondió sin dudar.

—Tibur, Señor...

Si él intentaba matarme. ¿Por qué no ha cumplido con su intención? La mano izquierda de Tibur siempre ha sido mortífera, y estaba convencido de que no podía fallar.

—El os vio caer, y pensó que vos estabais muerto..., y casi lo estabais.

—Esto hubiera sido así si alguien no me hubiera ayudado. ¿Fuiste tú Dara?

—Sí, Dwayanu. Yo vi la mano de Tibur y adiviné lo que pasaría, y entonces me tiré en contra de su rodilla sin que él me pudiera ver.

—¿Por qué, Dara?

Para que Vos tuvierais una oportunidad de matar a Tibur, porque vuestra fuerza había desaparecido con la vida de vuestro amigo.

Yo miraba a mi capitán femenino. ¿Cuánto sabía? Pero ya tendría más tiempo para saber eso.

—¿Pero, qué era, con qué quería romperme la cabeza?

Sacó de su cintura un extraño objeto. Era de un metal desconocido y pesado con varias puntas agudas en forma de estrella, y tan afiladas como el mejor de los cuchillos. Era un arma terrible porque podría fácilmente atravesar el cuerpo de un hombre. Dara me dio el arma y yo la puse en mi cinturón. Si me había hecho ideas de como terminar con Tibur ahora no tenía por qué preocuparme.

El fuego estaba preparado. Llevé a Jim hasta la pira y besándole en la mejilla le puse un puñal en la mano muerta. Luego quité varios lienzos de las paredes y le cubrí con ellos. La madera seca prendió como la yesca. Con los ojos secos pero con la muerte en mi corazón salí de la casa entre mis guerreras. Sirk había caído, y por todos los sitios se podían ver las casas incendiadas. Un grupo de guerreras pasaba empujando a bastantes prisioneras por delante de ellas, y todas mujeres y niños, tenía alguna herida. Entonces noté que los niños no eran tales sino que muchos eran Puygmedon. enanos, de oro. Cuando me vieron se detuvieron ante mí y gritaron. Dwayanu... Dwayanu. vive —y levantaban los puñales como saludo chillando de alegría. —¡Dwayanu vive...!

Yo llame a su oficial.

—¿Vos habíais pensado que Dwayanu estaba muerto?

—El rumor se extendió como un fuego. Señor, y algunos dijeron que Tibur le había matado pensando que vos erais el jefe de Sirk, y en vez de él os habéis puesto por accidente Vos, y que vuestro cadáver había sido arrastrado... Eso es todo lo que sé...

—Eso me vale. Llevad los prisioneros a Karak y no mencionéis que me habéis visto. ¡Esto es una orden! Quiero dejar el rumor vivo un poco más. Filas se miraron sorprendidas y saludando siguieron su marcha. Los amarillos ojos de los Puygmedon brillaban de odio pero no me dirigieron ninguna mirada a mí. Enseguida entré en acción. No tendría sentido el buscar a Tibur en Sirk, y tonto sería dejarme ver para que Lur y é! se enteraran de que yo vivía. No, ellos me encontrarían sin darse cuenta. Sólo había un camino para salir de Sirk y éste era sobre el puente. Allí los esperaría. Me di la vuelta hacia Dara.

Nosotros cabalgamos hacia el puente pero no de manera directa, sino entre los helechos hasta que alcanzamos el muro de roca. Ahora me percataba que ¡a pequeña tropa que nos seguía pertenecía a mi propia guardia. Muchas de ellas eran normalmente soldados de a pie. pero habían cogido caballos que habían pertenecido a nobles que muñeron en la batalla. Naval pareció notar mi sorpresa porque me explico. —Estas son sus más fieles. Dwayanu. ¡os caballos estaban sin jinete y es mejor para vuestra protección. Dije.

—Dara. Naval, quiero hablar con vosotras a solas. Las demás se apartaron un poco y les hablé así, — vosotras dos debo mi vida, principalmente a ti. Dara. Todo lo que vosotras deseéis yo os pueda dar serán vuestras, pero lo que yo pido de vosotras es la verdad...

—Dwayanu, nosotras no os vamos a ocultar nada.

—¿Por qué quería matarme Tibur?

Naval contestó secamente.

—El Herrero no era el único que deseaba veros muerto. Dwayanu.

—Eso lo sabia. pero quería oírlo de vosotras. ¿Quién más, Naval

—Lur, y la mayoría de los nobles.

—Pero, ¿por qué?, ¿no había abierto la conquista de Sirk también para ellos?

—Pero Vos hubierais sido demasiado poderoso para ellos, Dwayanu. Ni Lur, ni Tibur soportan caer bajo un segundo plano, o un tercero...o quizás totalmente.

—Pero antes tuvieron muchas más oportunidades para matarme.

—Pero todavía no se había conquistado Sirk para ellos —dijo Dara— entonces Naval me dijo con cierto reproche. —Dwayanu. ¿Por qué no sois totalmente sincero con nosotros? Vos conocéis la razón como nosotras, o quizás mejor. Vos, con vuestro amigo que hemos dejado en la hoguera habíais venido hacia aquí, eso lo sabíamos todos. Sí, Vos deberíais de morir y él también debería de morir. El también debía de morir porque fácilmente podría huir y después traer a otros, porque todos sabemos que fuera del valle existe la vida, y que Khalk'rus no reina en todas las partes como los nobles quieren que creamos. Además de vosotros también vino la chica morena. Vosotros tres juntos. —¿Y si yo matara a Tibur. Naval? Entonces tendremos lucha. Os tenéis que proteger bien porque los nobles os odian, Dwayanu, porque dicen que vos estáis en contra de las costumbres antiguas, *e* intentáis rebajarles y subir al pueblo, y que también queréis terminar con los sacrificios...

Ella me miró dudando y me preguntó. ¿Y si todo es cierto? Vos tenéis la mayoría de las guerreras a vuestro lado, Dwayanu, pero Tibur también tiene partidarios, y Lur no es débil... mejor es que los matéis pronto, Dwayanu. Directamente nos fuimos hasta la puerta de la torre dejándola sólo abierta por una pequeña hendidura. Mis guerreras se pusieron delante, y naturalmente nadie tendría dudas sobre su derecho para hacerlo. Yo me dispuse a esperar a Tibur. No era divertido. Sobre el fuego veía una y otra vez la cara de Jim. ¡Oh! Jim...y...¿Evalie? ¡Salva a Evalie! Jim me había pedido encarecidamente. Pues bien yo lo salvaría...El rostro de Jim, siempre su rostro, el que delante de mis ojos floreaba.

Oí un susurro.

—Dwayanu, Tibur se acerca.

—¿Está Lur, con él, Dara?

—No, pero viene con un grupo de nobles, él ríe y trae sobre su caballo a horcajadas a la chica morena.

—¿A qué distancia está, Dara?

—¡Oh, quizá a un tiro de flecha!

—Bien, cuando yo salga afuera con mi caballo, me seguís, la lucha debe de ser entre Tibur y yo, no creo que su compañía se atreva a atacarme. Naval, y Dara rieron quedamente. —Si lo hacen tendrán que arrepentirse Dwayanu. Nosotras sólo queremos que Vos con Tibur

no gastéis el tiempo en palabras vanas y matadle cuanto antes, porque si Vos murierais significaría para nosotras la muerte, porque caeríamos prisioneras.

Lentamente abrí un poco más la puerta. Ahora pude ver a Tibur cabalgando hacia el puente y a Evalie cruzada sobre la silla iba arrastrando su largo cabello negro y liso y con las manos unidas a su espalda. Un grupo de hombres nobles les seguían. Me pregunté donde podría estar la Bruja. Cada vez se acercaba más Tibur.

—¿Preparadas, Dara y Naval?

—Preparadas, Señor.

Abrí la puerta de golpe y corrí con la cabeza gacha seguido por mis guerreras. Como una exhalación detuve mi caballo frente a Tibur. Este se quedó mudo de sorpresa así como los hombres que le rodeaban. De un tirón saqué a Evalie de su silla y se la entregué a Dara, luego rápidamente puse la punta de mi puñal en la garganta del sorprendido Tibur que aún no había podido reaccionar. Yo no le di ningún aviso, porque ya por dos veces él Había intentado matarme. Pero Tibur igual que un gato, dio un salto para atrás y caía al suelo de pies. Pero yo también salté de mi caballo cuando su martillo ya estaba casi fuera de su cinturón, pero dejó caerlo y se abalanzó sobre mí cogiéndome por los brazos para inmovilizarme, mientras me golpeaba con las rodillas para hacerme caer. Las manos de él parecían de acero, y crujía los dientes como un lobo rabioso. Casi me quedé sin respiración, e intentaba desasirme de aquel abrazo mortal hasta que toqué en mi cinturón algo puntiagudo como el asta de una lanza pequeña. ¡La estrella del diablo de Tibur! El, al ver que yo perdía fuerzas rió estúpidamente aflojando por un segundo la infernal presión que ejercía sobre mi pecho con su abrazo terrible, y ese segundo de respiro me salvó. Con un supremo esfuerzo le golpeé la cara con mi cabeza y extrayendo veloz la estrella de acero se la hundí en la garganta, debajo mismo de la barbilla, clavándole dos o tres púas hasta el tope. Tibur retrocedió llevándose ambas manos a la mortal herida barbotando frases incoherentes bajo su dolor terrible, mientras ya la sangre le iba manando a borbotones. Luego tropezó sobre sí mismo y cayó fulminado al suelo.

Yo miré hacia Dara. Ella sonriente me ofrecía ya una bolsa de cuero con vino. Bebí ansiadamente.

—Dara, la chica morena veo que no está contigo.

—Allí está, Señor. La puse en otro caballo. Yo miré a Evalie y ella me respondió con una fría mirada.

—Dwayanu, utiliza el resto de vino para limpiaros el rostro porque vuestro aspecto podría asustar a una chica dulce, estáis lleno de sangre. De sangre de Tibur gracias a los Dioses...

Yo subí a mi caballo sintiéndome mucho mejor. En esto vi llegar a la Bruja. Sus trenzas rojas se habían desatado, unos cuarenta, entre guerreras y hombres la rodeaban. Yo la esperé y ella se detuvo frente a mí examinándome con ojos de furia. Yo la tendría que matar, la debería de odiar, pero noté que mi odio se evaporaba con la muerte de Tibur. No, no la odiaba.

—Eres muy difícil de matar, rubio.

—Dwayanu, Bruja, —repuse.

—Tú ya no eres Dwayanu.

—Intenta convencer a mis guerreras de eso, Lur

Ella murmuró mirando el cadáver de Tibur.

—Sí, todavía eres un hombre.

—Yo le he matado por ti, Bruja. ¿No te lo había prometido acaso?

Ella no me replicó nada, sólo me preguntó.

—¿Y ahora qué?

—Ahora nos vamos a Karak y tú a mi lado, porque no me gusta tenerte a mi espalda. Yo le susurré a Dara.

—¿Podemos confiar en las tiradoras de arco?

—Mándales esperar y después marchar con nosotros, y que se lleven el cadáver de Tibur.

La última compañía, con los asombrados nobles que me veían vivo, venían ya hacia el puente, así como muchas guerreras que me saludaban jubilosamente.

—Ven, —le dije a la Bruja— Deja tus guerreras y cabalga delante de nosotros — Me fui hacia Evalie a la que subí en mi montura. Ella no me dijo nada, y con su frialdad me quería decir que había cambiado un dueño por otro, y que seria para mí nada más que un botín. Yo estaba demasiado cansado para sentir dolor. Desde aquí se escucho el aullar de los lobos mientras nosotros, con los prisioneros y los guerreros nos dirigimos a Karak.

10º LA PUERTA DE KHALK'RUS

De pronto un sonido profundo, como de muerte se oyó frente a Karak. Evalie se puso rígida en la silla escuchando con todos sus nervios. Lur, y yo detuvimos nuestros caballos escuchando también atentamente. Algo intranquilo brotaba de aquellos tambores. Algo siniestro y terrible. Yo me dirigí a Lur.

—Yo he llegado hasta aquí para dar cumplimiento a mis promesas. Te di Sirk, y maté a Yodín y a Tibur. Y ahora tú tienes la guerra contra los Enanos.

No sé cómo sonó esto en los oídos de Evalie, pero se dio la vuelta y me miró fríamente antes de dirigirse a Lur con odio.

—Sí, eso significa guerra. No lo habéis pensado cuando me cogíais prisionera, y la guerra no va a terminar antes de que mi pueblo no me tenga de vuelta. Entonces la Bruja perdió su dominio y todo lo contenido le brotó como llamas.

—¡Bien, ahora vamos a extinguir a todos los perros amarillos para siempre, y a ti voy a quitarte la piel y a entregarte a Khalk'rus...!

—¡No! —gruñí— Será corno a mí me plazca, Lur. Los ojos azules de la Bruja me miraron con furia los marrones con el mismo desprecio que antes.

—Dadme un caballo para mi —pidió Evalie— No me gusta ir a tu lado Dwayanu.

—De todo modos vas a cabalgar conmigo, Evalie.

Nosotros llegamos a Karak. Los tambores sonaban con retumbar discontinuo, ora más bajo, ora más alto como una premonición de muerte y venganza.

Por las calles había mucha gente y contemplaban a Evalie y murmuraban. Parecía que sentían rabia y temor a un tiempo. Entonces vi claro que ellos sólo escuchaban les temidos tambores y que de nosotros apenas hacían caso. Los tambores se oían más cerca rodando por la ribera, y parecían decir. *E.*.va..he..E—..va.,.He... -Cruzamos la puerta de la ciudadela y paramos nuestras monturas.

—¿Armisticio. Lur? —Ella miraba con sarcasmo a Evalie

—¿Armisticio? ¿Para que un armisticio entre tú y yo, Dwayanu?

Yo respondí con calma a la Bruja.

—Ya estoy cansado de perder tanta sangre. Entre los prisioneros se encuentra uno de los Puygmedon, y lo vamos a traer aquí para que hable con Evalie, y después lo enviaremos con el mensaje de que no teníamos la intención de hacerle daño a ella, y que los Puygmedon nos traigan a su vez una delegación para hacer la paz permanente con ¡os Ayjir, y una vez firmada se pueden llevar a Evalie...

Lur me replicó sarcástica.

—Así que Dwayanu, teme a los enanos.

—Ya estoy cansado de ver derramar tanta sangre.

—Cómo has cambiado Dwayanu, y yo que me dejé convencer con sus promesas...

No puse atención a sus palabras y continué.

—Si no estas conforme con esto Lur. entonces yo mismo daré la orden.

Ella reflexionó y dijo.

—¿Tú no quieres una guerra con los perros amarillos? ¿Tú crees que si les mandamos a la muchacha no tendremos una guerra. Llevarla hasta el puente del Nansur, y tratar allí con los enanos, y los tambores llevarán el mensaje y si tú tienes razón veremos pronto la paz.

Eso era cierto, pero noté el sarcasmo en su voz. La verdad es que no quería enviar a Evalie, porque si lo hacía nunca más tendría la oportunidad de que ella me aceptará como al Leif que ella había amado. Pero con un poco de tiempo quizá pudiera conseguirlo. Y eso lo sabía la Bruja.

—Lur, no podemos hacer las cosas demasiado deprisa, por que si no ellos pueden pensar que tenemos miedo. No, Lur, no. quedaremos con la muchacha como rehén hasta que las condiciones hallan sido aprobadas.

Lur, inclinó la cabeza mirándome con sus claros ojos y sonrió.

—Tienes razón Dwayanu. Voy a hacer que traigan al prisionero, y voy a decir que los enanos vengan hasta el puente así pronto regresarán con el mensaje. Esto nos dará un poco de tiempo que tú y yo necesitamos. Yo la miré cortante. Ella rió y dando espuelas a su caballo se dirigió hacia el gran patio donde estaba lleno de guerreras y de prisioneros. Tanto unos como otros se les veía intranquilos por el sonar de los tambores que aún proseguía. Antes de irme a la ciudadela llamé a algunos oficiales que no habían ido al asalto de Sirk y les di orden de que reforzaran la guardia sobre el puente de Nansur, a la espera de que Evalie pudiera traer la paz. Cuando estas órdenes estuvieron cumplidas hice venir a Evalie a mis aposentos, no aquellos que ocupara Yodín con los tres tronos, donde el Krake negro acechaba. Acompañados por mi guardia entregué a Evalie a Dara, y mientras me fui a bañar y a restañar mis heridas. Por la ventana ascendían los sonidos de los tambores. Ordené que llevaran comida y bebida para Evalie.

Dara se preocupó de que no le faltara nada. Luego habló conmigo.

—Me temo, que mi pueblo no va a confiar en un mensaje que manda Dwayanu.

—El mensaje no lo envío yo sólo, sino que también lo manda Jim Eagle, que murió en mis brazos, y él me creía.

—Yo te oí decir a Lur, que tú le habías prometido Sirk, entonces. ¿Cómo te puedo creer?

Yo le respondí.

—Tú recibirás la prueba de que te digo la verdad, ahora reúnete con Dara.

Evalie la siguió sin poner reparos. Yo comencé a beber vino porque despertaba una nueva vida en mí quitándome el cansancio. Mis pensamientos se fueron con la imagen de Jim, hasta que alguien llamaba a mi puerta. Era Lur, y entró en la habitación. Se la veía otra vez hermosa y pujante. Se había deshecho las trenzas y se había puesto una corona de zafiros. Nada en ella denotaba las huellas de la lucha sostenida ni una sombra de cansancio nublaba su rostro tan atractivo. Sus ojos estaban claros y brillantes, así como rojos los labios que me sonreían. La voz dulce me trajeron recuerdos de cuando yo era en verdad Dwayanu. Lur, llamó y por la puerta entraron un grupo de guerreras que traían entre ellas a unos cuantos Pygmoyden. Los pequeños hombrecitos no iban atados y a mi me escrutaron con miradas de odio mezcladas con curiosidad. Entonces mandé llamar a Evalie. Cuando ella entró los Pygmoyden la rodearon como un grupo de niños, besándole las manos y los pies. Evalie reía y saludaba a cada uno de ellos llamándoles por su nombre, y luego les hablaba con tanta rapidez que yo no entendía nada de lo que decían, y vi que Lur, entendía menos que yo. Yo repetí a Evalie lo que había dicho a Lur, y le pedí que tradujera para que Lur supiera lo que habían hablado. El contrato estuvo listo enseguida. Lo llevarían al otro lado del Nansur, y si estaban conformes los tambores pararían de sonar.

Llamaron a la puerta. Los Pygmoyden salieron cruzándose con dos personas principales y presentándose ante mí me dijeron.

—Ya se ha hecho de noche y las puertas han sido cerradas, Señor, y todos los que han buscado refugio en la ciudadela los hemos dejado entrar.

—¿Eran muchos?

—No, Señor, no pasarían de cien.

—¿Alguien se quedó fuera?

—Sí, como doscientos, ellos dijeron que nada tenían de temer de los Pygmoyden

—¡Basta! —exclamó la Bruja con voz fuerte— Podéis iros.

Los dos personajes obedecieron y yo me reí sonoramente.

—¡Hacemos bien en firmar un tratado de paz con los enanos!

Vi como su faz, se tornaba paulatinamente en blanca y luego roja, pero Lur sonrió y se puso vino en la copa llevándosela a sus labios

—Brindo por tu sabiduría Dwayanu...

Un espíritu fuerte el de esta Bruja. Como el de un guerrero de verdad. Durante largo rato dominó el silencio. Un silencio que permitía oír aún más fuerte el retumbar de los tambores con un ritmo monótono. No sé cuánto tiempo estuvimos en silencio, sin cruzar una palabra. De repente el golpear de los tambores subió a un ritmo frenético, para después detenerse súbitamente. El silencio que siguió parecía irreal haciéndome daño en los oídos y aplacándome el corazón.

Evalie habló rompiendo la tensión.

—Han recibido el mensaje y ellos están de acuerdo con él.

Lur, se puso en pie.

—¿Tú le quedas con la muchacha está noche. Dwayanu?

—Ella dormirá en uno de estos cuartos, en la parte de atrás, y quedará vigilada, y si alguien quiere alcanzarla tendrá que atravesar el mío.

—Bien, estoy contenta de que los tambores no van a perturbar tu sueño —me dijo Lur sarcástica mientras atravesando la habitación, salía con sus guardias.

Sentí un súbito cansancio. Me volví hacia Evalie que me estaba contemplando con una mirada en la que leí dudas, sobre sus propias dudas. Ahora sus ojos no expresaban ni odio ni desprecio. Ella estaba sola conmigo, y al verla comprendí que las palabras no tendrían sentido, pero todavía quedaba tiempo, quizás mañana cuando estuviera descansada...entonces tendría que quererme.

—Vete a dormir Evalie. Vete sin preocupaciones y créeme que todo va a salir bien. Vete con Dara y descansa que nadie puede alcanzarte porque antes debe atravesar este cuarto, y aquí voy a estar yo. Duerme sin miedo. Llamé a Dara dándole órdenes y Evalie la acompañó. Al pasar por la puerta se volvió como si quisiera decirme algo, pero no lo hizo. Luego regresó Dara, a la que volví a ordenar.

—Dara, es mejor que tú y las otras guerreras durmáis aquí cerca de mi puerta porque aún quedan libres media docena de habitaciones. Traed mucha comida y bebida Dara,

—¿Esperáis un estado de sitio. Señor?

—Eso no se sabe nunca Dara

—Vos. no confiáis en Lur, Señor

—Yo no confío en ella de ninguna forma, Dara.

Ella se retiraba cuando yo impulsivamente le dije —Dara, dormirás mejor si te aseguro que Khalk’rus. no recibirá más sacrificios mientras yo viva.

Ella detuvo sus pasos y extendiéndome la mano vino a mi encuentro.

—Dwayanu, yo tenía una hermana a la que llevaron al sacrificio... ¿Vos, lo decís francamente?

—Por mi vida y por todos los dioses...

—Que durmáis bien, Señor...

Dara se fue atravesando la puerta, pero yo aún tenía húmedas mis mejillas por sus lágrimas. Una mujer tenía siempre el derecho de llorar aunque fuera una guerrera.

Yo me recosté y comencé a pensar. Cogí la cadena que pendía de mi cuello y sacando el anillo lo estudié con detenimiento. ¿Qué era Khalk’rus?

Arrojé la cadena y anillo sobre la mesa, mientras reflexionaba. Dwayanu había tenido sus dudas sobre si este chisme era el espíritu de la nada.

Sentí un rumor detrás de la puerta y levantándome a abrir vi a Lur que hablaba con las guardianas. Le pregunté.

—¿Qué deseas Lur?

—Hablar contigo

Ella entró en el cuarto. —Yo no voy a detenerte Dwayanu —estaba tranquilamente en el centro del cuarto. Ni desprecio ni egoísmo brillaba en sus ojos sólo una expresión de

súplica. No llevaba ni joyas ni armas, y parecía mucho más joven que nunca. De repente sentí compasión por ella.

—Dime Lur todo lo que tengas en tu corazón, que yo te escucho —la dije— Ella atravesó el cuarto dirigiéndose a la ventana y yo me acerqué a su lado.

Lur, habló con voz muy baja. —Yo hubiera querido que tú no hubieses venido nunca aquí, rubio.

Yo pensé en Jim y repuse. Tampoco yo. pero estoy aquí.

Lur me puso una mano sobre mi corazón. —¿Por qué me odias tanto?

—Yo no te odio, a ti ni a nadie, excepto a uno. Y miré sobre la mesa. Su mirada siguió la mía y preguntó. —¿Qué intentas hacer? ¿Quieres abrir Karak para los enanos? ¿Qué será de mí? —yo te quería cuando eras Dwayanu.

—Tú me hubieras matado, mientras que yo era todavía Dwayanu —la dije fríamente.

—Porque yo vi morir a Dwayanu cuando miraba los ojos del extranjero.

—Yo soy el hombre a cuyo amigo le tendiste la trampa y le han asesinado, y eso es así. ¿Qué derecho tienes de mí. Lur?

—Te digo que amaba a Dwayanu; y también sabía algo de ti desde el principio, y sabía que existía peligro para Dwayanu mientras tu amigo y la chica vivieran.

—Lur, sé sincera; aquel día en que regresaste del mar de los fantasmas estaban los fugitivos, los cuales como tu dijiste, no eran espías. Y tú has esperado para la marcha hacia Sirk hasta que te enteraste de que mi amigo y Evalie habían pisado la trampa. Era tu intención después de tomar Sirk, matar a Dwayanu con ellos, porque tú deseas más el poder que a Dwayanu. ¿No es cierto, Lur?

Las lágrimas asomaron a sus ojos y me replicó dolidamente.

—Sí es cierto que yo he enviado espías, esperando que los dos cayeran en la trampa, pero nunca quise hacer daño a Dwayanu.

No la creía, pero no sentí furia ni odio por ella.

—Lur, quiero que me escuches. Yo no intentaba reinar con Evalie en Karak; yo no tengo ningún deseo de poder. Después del pacto con los enanos tú debes de reinar sobre Karak; si así lo quieres. La muchacha de cabello negro va a volver con los enanos, y yo no deseo quedarme en Karak.

—Tú no puedes irte con ella, los perros amarillos no confían en ti, que estás pensando...Dwayanu...

—Quiero decirte con esto, que tengo la intención de alejar a Khalk’rus de Karak, y que pienso destruir su puerta. —Lur exclamó— ¡Oh dioses!, si yo tuviera el anillo de Yodín...

Yo le sonreí. —Bruja, tú sabes que Khalk’rus no escucha la llamada de una mujer.

—Existe un antiguo rito, rubio, en el que, Khalk’rus sigue la llamada de una mujer. Esta es la razón de que ninguna mujer en el País Antiguo de los Ayjir, ninguna mujer participe en los sacrificios. Y ahora Dwayanu me tengo que ir.

Yo la abrí la puerta y la dije para despedirla.

—Lur, no deseo el poder.

Ella, calladamente salió de la estancia. Cerca de la ciudadela aulló un lobo por tres veces, y más allá respondió otro por tres veces.

—Leif — yo me volví y vi a Evalie a mi lado. Ella me miró y sus ojos no tenían ni dudas ni odio, era la Evalie que conocí antes.

—Evalie...

La tomé en mis brazos y nuestros labios se encontraron.

—Yo he escuchado, Leif.

—¿Me crees entonces? Ella me besaba.

—Pero Lur tenía la razón Leif, tú no puedes ir al país de los pequeños conmigo, ellos nunca lo entenderían, y yo no quiero vivir en Karak

—¿Irías conmigo Evalie, a mi país?

—Después de que haga lo que debo de hacer, Leif, iré contigo...

Evalie rompió a llorar durante un largo rato y yo respeté su dolor y los nervios pasados. Luego me retiré acostándome a mi vez completamente agotado.

11º EN EL TEMPLO DE KHALK'RUS

Dos veces me desperté. La primera por el aullido de los lobos que parecía que estaban debajo de mi ventana. La segunda fue un leve ruido al lado de mi cama. Mi mano cogió el puñal. Estaba seguro de que alguien estaba en mi habitación pero no podía ver nada.

—Evalie...¿Eres tú? —pero no obtuve ninguna respuesta. Y no pude oír nada más porque me dormí otra vez profundamente.

Un golpe en la puerta me despertó. Aún era muy temprano. Abrí y me encontré con Naval y la guardia. —¿Quieres algo Dwayanu?

—Ve, y despierta a Evalie —la dije— Al pronto regresaba y me explicó. —Evalie no está en su cuarto. Sin poder creerlo entré corriendo y vi que efectivamente el aposento se hallaba vacío. Apresuradamente corrí a llamar a Dara, la que sorprendida llamó a las otras guerreras y comenzaron a buscarla. Yo me acerqué a la mesa para coger el colgante abriendo el cofrecillo...

¡El anillo no estaba allí! Mientras Dara y sus guerreras habían descubierto una puerta falsa en la habitación de Evalie por donde la habían sacado, y la puerta daba a un pasillo estrecho y oscuro. Al final nos encontramos con un muro. Dara y sus guerreras hicieron actuar un palanca hasta que una roca se cayó desprendida. Rápidamente hicimos un boquete y entonces pasamos al cuarto de Sumo Sacerdote. ¡Oh! Dioses... Mi sospecha no me había fallado. ¡Lur estaba en el Templo! Y Evalie, y Khalk'rus...

Corrimos hacia la puerta del Templo. Pude oír voces que entonaban las oraciones antiguas. Los puñales de los nobles, mujeres y hombres bloqueaban la entrada. ¡Dara, Naval, a matarles! Grité desesperado y nos abalanzamos con lanzas, hachas, y martillos sobre ellos. El anfiteatro se convirtió en un caldera llena de sangre. La plataforma estaba delante de mí. Yo salté sobre ella muy cerca del Yunque de Tubalka. Oí el sonido llamando a Khalk'rus. Los sacerdotes hacían las venias. Frente a éstos estaba el Anillo muy alto y entre ella y el océano amarillo de pared mística, y colgando, dos Pygmoyden de oro en el cinturón de los sacrificios, y en el anillo del guerrero Evalie estaba en las trabas.

La Bruja no me vio. Ella estaba indiferente a la lucha del anfiteatro muy absorta en el ritual que estaba ejecutando.

Yo me arrojé sobre el sacerdote y le quité el martillo de su mano, y le blandí hacia la rueda amarilla, exactamente sobre la cabeza de Khalk'rus. Sí. toda mi fuerza puse en el tiro. La rueda amarilla parecía moverse. Yo dirigía mis manos a través del anillo de oro y lo rompí como si fuera de madera. Le tendí el puñal a Evalie gritándole. ¡Defiéndete. Evalie! Subí otra vez el martillo con fuerza. Los ojos de Khalk'rus se movían y brillaban. ¡Los Tentakel temblaban! Y el frío empezaba a envolverme...

Puse todas las fuerzas de mi voluntad en el encuentro. Lancé el martillo una y otra vez contra la rueda amarilla... Los Tentakel de Khalk'rus se dirigían hacia mí.

La piedra amarilla de la pared mística se rompió...

La tierra temblaba. El Templo parecía resbalar sobre el mismo. Durante un momento voló el Krake y pareciendo como si una gigantesca ola lo hubiera cogido, lo tiré a una distancia increíble. ¡Y había desaparecido!

¡La vida volvió a mí! Alguien me llamó.

—¡Leif!

Era la voz de Evalie llena de pavor que me avisaba. Yo giré con rapidez. Lur corría hacia mí con el puñal en la mano, y antes de que yo pudiera mover un solo dedo Evalie cayó entre nosotros, y golpeaba con el puñal a la Bruja, pero el de Lur se clavó en Evalie y ésta cayó. La Bruja ahora saltaba sobre mí. Yo la miraba con una sorprendente indiferencia sin la intención de hacer algo en mi defensa, la sangre goteaba de su puñal... La sangre de Evalie...

Algo parecido a un brillante rayo tocó en su pecho haciéndola vacilar como si una mano la hubiera empujado hacia atrás, y lentamente cayó en el suelo. Un perro lobo saltaba aullando fieramente sobre la plataforma tirándose encima de mí. Pero un segundo rayo le hacía dar una voltereta sobre el mismo dejándolo inmóvil. Vi a Dara que estaba en el suelo e incorporándose clavaba una lanza en la garganta de Lur, y apuñalaba seguidamente al lobo. Yo me acerque hasta Lur. Sus ojos brillaban dulces.

—Yo no quería que tú vinieras aquí, rubio... Su cabeza cayó inerte. Estaba muerta. Yo miré los rostros de Dara y de Evalie.

—Evalie...Tu herida.

Dara contestó.

—Ella dice que no es profunda y que pronto curará—. Y prosiguió emocionada. —¡Hei Dwayanu! Este día va a ser inolvidable. Vos habéis hecho algo grandioso. Y poniéndose de rodillas ella me besaba la mano. Ahora vi que todas mis guerreras que habían sobrevivido a la lucha habían subido a la plataforma y también se ponían de rodillas rindiéndome pleitesía.

—Nosotras queremos volver a Karak, Señor... ¡Ahora es vuestro!

Evalie, di a tus Pygmoyden que toquen sus tambores y que digan que tú aún vives; y que el Templo será cerrado para siempre. Sri, uno de los enanos de oro y fiel seguidor de Evalie dijo. —Tú has hecho que todas las enemistades entre mi pueblo y Karak queden olvidadas. Evalie y yo, vamos a obedecerte, les diré lo que tú has hecho.

—Espera Sri, yo no voy a quedarme aquí y reinar sobre vosotros. Dara me preguntó alarmada.

—Dwayanu... pero, no pensaréis en abandonarnos.

—Sí, Dara, yo regresaré al mundo del cual he venido... No volveré a ver Karak, ni al pueblo del pequeño Sri.

Evalie suspiraba en silencio.

—¿Y yo Leif? —la puse una mano sobre su espalda mirándola a los ojos.

—Yo creo, que tú serás más feliz con los pequeños guerreros...Evalie.

—¡Yo sé dónde está mi felicidad Leif! Yo cumplo mis promesas, si tú no me deseas...

—Me haces feliz, mi valerosa muchacha.

Evalie miró a Sri.

—Saluda a todos de mi parte, Sri. diles que les quiero y que jamás les podré olvidar...

Dara dijo; suerte. Nosotros quedamos contigo, Dwayanu hasta el último momento. Yo lancé una mirada sobre el cadáver de Lur y vi brillar un anillo. Se lo quité y poniéndolo sobre el Yunque de Tabalka, lo rompí, como el anillo de Yodín. Evalie me miraba —Sri conoce un camino que nos llevará a tu mundo; él nos dirigirá.

A la mañana del día siguiente, me acordé de la mochila que había escondido en la ribera cuando los lobos nos perseguían habíamos saltado sobre el río. Si la encontrábamos no tendríamos problemas con la ropa de Evalie. Hablé con Dara sobre eso. Ella y Sri se fueron en su busca. Dos días después volvían con ella, y el mensaje de paz.

...Dwayanu. el Redentor, había regresado tal y como dijo la profecía...El había salvado a la gente del Error Horrible. Y ahora se llevaba a Evalie como era su derecho. Al día siguiente, empezaríamos nuestro camino. Evalie a mi lado como una niña delgada.

—Volved hacia nosotros Dwayanu— esas eran las palabras del jefe de los karak. y de Dara. Amanecía el nuevo día. Habíamos conseguido salvar la vida de Evalie. Pero ahora mirábamos llenos de esperanza el nuevo día, y nos alejamos por el camino del Sur...

—¡Hey! Lur, Bruja. Te veo echada con una tierna sonrisa en los labios, y la cabeza del lobo blanco encima de tu pecho.

...Y Dwayanu todavía está en mi interior.

FIN